LA NOVELA
TEATRAL

LA MARSELLESA

Zarzuela en tres actos

Ramos Carrión

AURORA M. JOFRÉ
«LA GOYA»

20 cts

Año III Madrid, 1 de Septiembre de 1818 Núm. 90

LA NOVELA TEATRAL

Complemento de LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUÍA

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista transcribimos la relación de

OBRAS PUBLICADAS

1 TRATA DE BLANCAS.—Felipe Trigo.
2 LA SOBRINA DEL CURA.—C. Arniches.
3 **EL MISTICO.—Santiago Rusiñol.**
4 LOS SEMIDIOSES.—Federico Oliver.
5 LAS CACATUAS.—Casero y G. Alvarez.
6 EL LOBO.—Joaquín Dicenta.
7 CHARITO LA SAMARITANA.—Torres del Alamo y Asenjo.
8 **EL VERDUGO DE SEVILLA.—García Alvarez y Muñoz Seca.**
9 TODOS SOMOS UNOS.—J. Benavente.
10 EL REY GALAOR.—F. Villaespesa.
11 LA CASA DE QUIROS.—C. Arniches.
12 FUCAR XXI.—Muñoz Seca, García Alvarez y Perez Fernández.
13 **EL RIO DE ORO.—Paso y Abati.**
14 SOBREVIVIRSE.—Joaquín Dicenta.
15 ALMA DE DIOS.—Arniches y García Alvarez.
16 **EL CARDENAL.—L. Rivas y Peparaz.**
17 EL POBRE VALBUENA.—Arniches y García y Alvarez.
18 EL HOMBRE QUE ASESINO.—Traducción de Antonio Palomero.
19 LAS ESTRELLAS.—Carlos Arniches.
20 DOLORETES.—Carlos Arniches.
21 **LA SEÑORITA DE TREVELEZ—Carlos Arniches.**
22 SERAFINA LA RUBIALES.—Torres del Alamo y Asenjo.
23 ABEN-HUMEYA—Francisco Villaespesa.
24 EL SEÑOR FEUDAL.—Joaquín Dicenta.
25 **LA ETERNA VICTIMA.—F. Trigo.**
26 JIMMY SAMSON.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
27 LOPEZ DE CORIA.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
28 LA GIOCONDA.—G. d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaespesa.
29 **PRIMAVERA EN OTOÑO.—Martinez Sierra.**
30 EL CRIMEN DE AYER—Joaquín Dicenta.
31 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.—Traducción de Gil Parrado.
32 FRANCFORT.—Vital Aza.
33 LA REBOTICA.—Vital Aza.
34 **LA FRESCURA DE LA FUENTE.—García Alvarez y Muñoz Seca.**
35 PRIMEROSE.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
36 CIENCIAS EXACTAS.—Vital Aza.
37 Doña María de Padilla.—F. Villaespesa.
38 **RAFFLES—Traducción A Palomero.**
39 LA PRAVIANA.—Vital Aza.
40 EL GRAN TACAÑO.—Paso y Abati.
41 MIRANDOLINA.—Cristobal de Castro.
42 **GENIO Y FIGURA.—Arniches, Abati, Paso y García Alvarez.**
43 LA GENTUZA.—Carlos Arniches.
44 LA VIEJECITA.—Miguel Echegaray.
45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza.
46 LA ALEGRIA DE LA HUERTA.—Paso y García Alvarez.
47 **PETIT-CAFE.—Tristan Bernard.**
48 LOS NOVELEROS.—Edmond Rostand.
49 **ELECTRA.—Benito Perez Galdos.**
50 TIQUIS MIQUIS.—Vital Aza.
51 **EL ULTIMO BRAVO.—G. Alvarez y Muñoz Seca.**
52 LA MARCHA DE CADIZ.—García Alvarez y Lucio.
53 **DOÑA PERFECTA.—Benito Perez Galdós.**
54 LA TIZONA.—Godoy y Alarcón.—
55 MIQUETTE Y SU MAMA.—Robert y Callivet.
56 **LOS CUATRO ROBINSONES.—Muñoz Seca y García Alvarez.**
57 LOS GEMELOS.—Tristan Bernad.
58 **LA LOCA DE LA CASA.—Benito Perez Galdós.**
59 GIGANTES Y CABEZUDOS.—Miguel Echegaray.
60 **DANIEL.—Joaquín Dicenta.**
61 EL CHICO DEL CAFETIN.—Torres del Alamo y Asenjo.
62 **REALIDAD.—Benito Pérez Galdos.**
63 LA SALA DE ARMAS.—Vital Aza.
64 **PASTOR Y BORREGO.—García Alvarez y Muñoz Seca.**
65 LA LEONA DE CASTILLA.—Francisco Villaespesa.
66 **DOÑA CLARINES.—Alvarez Quintero.**
67 LA NOCHE DE REYES—Carlos Arniches.
68 LOS CADETES DE LA REINA.—Julián Moyrón.
69 **AMOR DE ARTISTAS.—Joaquín Dicenta.**
70 EL TERRIBLE PEREZ.—Arniches y García Alvarez.
71 **EL PATIO.—Alvarez Quintero.**
72 LA TEMPRANICA.—Julian Romea.
73 **TRAMPA Y CARTON.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.**
74 LA CORTE DE FARAON.—Perrin y Palacios.
75 **LA ESCONDIDA SENDA.—Alvarez Quintero.**
76 EL DUO DE LA AFRICANA—Echegaray
77 **AURORA.—Joaquín Dicenta.**
78 EL FRESCO DE GOYA.—Arniches y García Alvarez.
79 **EL NIÑO JUDIO.-G. Alvarez y Paso.**
80 LA MANTA ZAMORANA.—Perrin y Palacios.
81 PEDRO JIMENEZ.—Perrin y Palacios.
82 **LA DE SAN QUINTIN-Perez Galdos.**
83 EL METODO GORRITZ.—Arniches y García Alvarez.
84 **EL NOVENO MANDAMIENTO.-Ramos Carrión.**
85 LA BALSA DE ACEITE-Sinesio Delgado
86 **LA TEMPESTAD-Ramos Carrión.**
87 EL CUARTETO PONS.—Arniches y García Alvarez.
88 **EL NIÑO PRODIGIO.—Quintero.**
89 LA GENERALA.-Perrin y Palacios.
90 **LA MARSELLESA.-Ramos Carrión.**

PAPEL DE LA PAPELERA ESPAÑOLA

LA MARSELLESA

ZARZUELA HISTÓRICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO ORIGINAL DE

Miguel Ramos Carrión

PERSONAJES

FLORA.—MAGDALENA DIETRICH.—LA MARQUESA.—ROUGET DE L'ISLE.—RENARD.—SAN MARTIN.—EL BARON DE DIETRICH.—EL CIUDADANO LAYARD.—EL COMISARIO.

Aldeanos, voluntarios, viejos, niños, tambores, cornetas, descamisados, jacobinos, gendarmes, mujeres del pueblo de París, seccionarios, guardias nacionales, carceleros, presos, furias de la guillotina, etc., etc. Coro general y banda militar.

La acción del acto primero en Strasburgo, año de 1792. La de los dos siguientes en París, 1793.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

LA PATRIA EN PELIGRO

Salón bajo en la Alcaldía de Strasburgo.—Puerta al foro y otra a la izquierda.—A la derecha la mesa y el sillón del alcalde.— A la izquierda la bandera francesa y el escudo de armas de la ciudad.

Al levantarse el telón empiezan a inundar la escena grupos de hombres y mujeres. Se oye cercano el redoble de un tambor y el toque de la campana grande de la catedral. El Barón de Dietrich sentado; a su izquierda el escribiente; Rouget de pie.

MÚSICA

CORO. Llegando va la gente
de toda la ciudad;
del uno al otro extremo
la alarma cunde ya.
Inquieta y agitada
está la población,
oyendo el incesante
redoble del tambor.
¡Venid! ¡Llegad!
¡Tal vez peligra
la libertad!

OTROS. Al son de la campana,
que toca sin cesar,
de toda la campiña
la gente acude ya.
¡Venid! ¡Llegad!
¡Tal vez peligra
la libertad!

BAR. Oid con atención.

CORO. Silencio y escuchad.
¡Callad! ¡Callad!

ROU. Valientes alsacianos,
la patria está en peligro.
Al arma, ciudadanos,
al arma sin tardar:
el enemigo espera
del Rhin en la otra orilla
y osado la frontera
pretende atravesar.
La patria en este día
a defenderla os llama,
y en vuestras manos fía
su libertad así.
Pasemos la frontera
buscando al enemigo:
el que seguirme quiera
su nombre ponga aquí.
(Mostrando el pliego del alistamiento.)

CORO. ¡Todos, sí, todos!
(Se precipitan hacia la mesa unos tras otros figurando alistarse.)
Iremos, sí
La patria nunca en vano
alzó su voz
llamando al alsaciano.
Iremos, sí,
volando a la frontera
a defender
la patria y la bandera
Ya nuestro hogar
acecha el enemigo;
no hay que dudar,
en marcha sin tardar.

Dichos; Flora que se abre paso entre el coro

FLO. (Presentándose.)
Yo con vosotros
quiero partir.

ROU. (¡Ah Flora!)
CORO ¡Viva!
FLO. Ya estoy aquí.
Yo con vosotros la frontera
a la vanguardia pisaré;
yo quiero ser la cantinera,
y ánimo y fuerzas os daré.
Es el soldado más valiente
y gana en brío y decisión
con una copa de aguardiente,
con la ginebra o con el ron.
El fruto que el viñedo
del enemigo da
en zumo trasparente
mi copa os brindaré.
Y si es cuando se paga
tan apreciado el Rhin,
será mejor sin duda
cogido en el botín.
Ya en el campo de batalla
creo estar,
escuchando la metralla
retronar.
Marcha delante
mi batallón.
¡Hala, soldados,
truene el cañón!
CORO. Ejemplo con su brío
a todos ella da;
valor infunde al alma
su espíritu marcial.
FLO. Yo en el calor de la pelea
a vuestro lado me hallaré,
y al que sin fuerza yo le vea
con mi bebida animaré.
Quiero gozar de vuestra suerte
y vuestra gloria contemplar,
y si una bala me da muerte
nadie me tiene que llorar.
Alegre la existencia
por nuestra patria doy;
allí donde hay peligro
allí contenta estoy.
Yo soy la cantinera
que a vuestro lado irá;
aquél que a mí me siga
atrás no quedará.
CORO Ejemplo con su brío
a todos ella da;
valor infunde al alma
su espíritu marcial.
TODOS Marchemos, sí;
la patria nunca en vano
alzó su voz
llamando al alsaciano, etc.
HABLADO
BAR. Ciudadanos de Strasburgo,
sostén de la libertad
váis a ser en la frontera;
los alistados vendrán
antes que se ponga el sol
dispuestos para marchar.
Ir con vosotros me impiden
los achaques de la edad,
mas quedo aquí; vuestros hijos
un padre en mí encontrarán.
ROU. Viva nuestro alcalde!
TODOS ¡Viva!
ROU. ¡Vuestra marcha preparad!
MÚSICA
CORO Iremos, sí, etc. (Vase el Coro.)
Flora, Dietrich, Rouget y el Escribiente.
HABLADO
FLO. (Al escribiente.)
Flora Lisberg, escribid
mi nombre; no sé firmar.
ROU. (A Flora.)
Pero esto es una locura.
FLO. Iré donde vos vayáis,
Es inútil pretender
que me quede.
ROU. Bien está.
(Habla aparte con Dietrich.)
FLO. (¡Morir a su lado! ¿Pude
soñar tal dicha jamás?)
BAR. ¿Sois huérfana?
FLO. No señor.
BAR. Pues tenéis necesidad
de que vuestros padres den
su licencia...
FLO. La darán
si es preciso, pero encuentro
simple tal formalidad:
si no me lo permitieran
me escaparía y en paz.—
Volveré con el permiso.
BAR. ¡Id con Dios!
FLO. Con él quedad!
(Aparte a Rouget.)
(Hasta el fin del mundo iré
si hasta el fin del mundo váis.)
(Vase.)
Rouget y el Barón de Dietrich.
ROU. (¡Empeño igual!)
BAR. ¡Brava moza!
(Viéndola marchar.)
¿Sin duda la conoceis?
ROU. Es hija de mi hostelero,
BAR. ¡Decidida es la mujer!
ROU. Estáis contento, señor,
de la gente?
BAR. ¡Sí, pardiez!
ROU. Ya lo veis, aún queda en ella
entusiasmo, aún queda fe.

Siempre a la voz de la patria
sabe el pueblo responder.

BAR. Rouget, no me inquieta el pueblo

ROU. ¿Quién, pues; os inquieta?

BAR. ¿Quién?
Los que le guían, los hombres
que buscan apoyo en él
para elevarse, y ya arriba
lo rechazan con el pie.
Los que tuercen sus instintos,
que siempre son hacia el bien;
los que le hacen creer cosas
que nunca debe creer.
En el club de esta ciudad
predican, ya lo sabeis,
máximas aterradoras;
y por lo que llego a ver
en las masas hallan eco
esas doctrinas, Rouget.

ROU. ¿Y lo extrañáis? ¡Ah, señor!
Sólo hace tres años, tres,
que el pueblo respira libre
del tiránico poder.
¿Cuántos siglos de agonía
el despotismo por ley
sufrió callado, vertiendo
lágrimas de sangre y hiel!
La revolución le ha dicho:
—¡Eres libre!—¿Qué ha de ha-
[cer?
del nuevo goce disfruta
a veces mal. (Con amargura.)
otras bien! (Con orgullo.)
Es arroyo contenido,
manso antes, fiero después:
rompe el dique y se desborda...
Al arroyo no culpeis,
culpad solamente al necio,
que lo quiso contener.

BAR. Veo a dónde el pueblo va
y empiezo a temblar por él:
le hacen soñar con quimeras
y por verdades las ve.

ROU. Ensueño del desgraciado,
a quien sonrie una vez
la fortuna, mas despierta
y vuelve a verlo cual es.

BAR. Rouget, la patria peligra.
Todo la es contrario, ved;
Europa entera contempla
con odio al pueblo francés.
Austria y Prusia coligadas
pretenden salvar al rey
y amenazan la frontera;
germina ya en la Vendée
la guerra civil que tiene
en la nobleza un sostén;
la lucha de los partidos
más sangrienta es cada vez·
sobran ideas y faltan
hombres que vida las den;
en el ejército empieza
a cundir con rapidez
la indisciplina que mata
la fuerza de su poder,
y alentando la anarquía
que ya amenaza cruel,
ni hay en los clubs patriotismo
ni en los gobernantes fe.

ROU. Hoy, señor, la Francia toda
no piensa más que en vencer
al estranjero que audaz
quiere hollarla con su pie.
Se unen todos, y los lazos
que se forman para el bien
difícilmente se rompen.

BAR. Quiéralo el cielo, Rouget.
Y decidme, habeis cumplido
vuestra promesa de ayer?

ROU. ¿La del himno?

BAR. Sí.

ROU. Señor,
a la verdad no lo sé.
Notas y versos anoche
acudieron en tropel
a mi mente enardecida
por patriótica embriaguez.
Con fiebre los escribí
hasta que al amanecer
rendido por la fatiga
sobre el clave me quedé.
Despertóme la llamada
y no he mirado el papel
en que apenas concebidas
mis ideas estampé.
Si es que acaso deseáis
oirlas, iré por él.

BAR. ¿Pues como nó? Siendo vuestras
de seguro han de valer.
Poeta y músico sois,
y en vuestros cantos se ven
siempre justas reflejarse
la hidalgía y la altivez.
Si habéis logrado expresar
eso que sentís tan bien
digno de su noble objeto
será el canto.

ROU. Lo traeré,
y vos, señor, como todas
mis obras lo juzgaréis.

BAR. Hasta después, hijo mío.

ROU. ¡Ah! ¡Cuando serlo podré!

BAR. Si es conforme a mi deseo
muy pronto tendrá que ser.

(Vase por la izquierda.)

Rouget, solo.

Siempre la fortuna ingrata
sus favores me negó
y hoy sobre mí los desata;
a nadie la dicha mata
cuando no me muero yo.

Dicho. Magdalena.

MÚSICA

MAG. ¡Rouget!
ROU. ¡Mi bien amado!
¡Qué veo! ¡Tú has llorado!
La huella de tus lágrimas
no quieras ocultar.
¿Que tienes, mi tesoro?
¿Por qué es tu amargo lloro?
Algún temor quimérico
tal vez lo hizo brotar.
MAG. Al preguntar por qué es mi llan-
[to
cuando a alejarte vas de aquí
es que al marchar no sufres tan-
[to,
es que vivir podrás sin mí.
Hoy que se acerca tu partida
siento en el alma tanto mal
que se conmueve dolorida
y suelta el llanto su raudal.
ROU. Sabiendo ya que te amo tanto,
y que es mi afán vivir por tí
debes calmar tu acerbo llanto
hoy que a alejarme voy de aquí.
Queda, mi bien, mi amor, mi vida
entre los muros de tu hogar;
más el dolor de mi partida
calme la idea de tornar.
Lleve un recuerdo tuyo,
prenda de amor;
en prueba de tu afecto
dame esa flor.
MAG. Esta sencilla flor delicada
sola en mi huerto nació ignorada;
yo entre las hojas la descubrí,
y al primer rayo de la alborada
del verde tallo por mi arrancada
fué para tí.
Sea esta flor
prenda de amor,
y de tu pecho fiel
marchítese al calor. (Se la da)
ROU. Para que un día de tí apartado
este recuerdo nunca olvidado
más en la ausencia valga des-
[pués,
solo te pido, mi bien amado,
que en su aromoso botón cerra-
[do
un beso des. (Magdalena besa
[la flor.)
Huya el temor,
calma tu afán,
esta sencilla flor
será mi talismán.
Ella valor
me inspirará:
la prenda de tu amor
mi pecho escudará.
MAGD. Ella valor
le inspirará;
la prenda de mi amor
su pecho escudará.

HABLADO

ROU. Calma, pues, tus penas todas
y piensa con alegría
que pronto lucirá el día
dichosa de nuestras bodas.
Haz como yo, que procuro
disipar alegremente
lo nublado del presente
con el brillo del futuro.
Desde que tu padre ayer
tu mano me concedió
no pienso en que marcho, no,
sino en que voy a volver,
Así mi pecho se llena
en dulce esperanza, y siento
en el alma tal contento
que no cabe en mí la pena.
Véate yo sonreir;
enjuga el acerbo llanto;
no hay razón a tal quebranto.
MAGD. Sí, te la voy a decir.
Me daba cierto rubor,
pero ya estoy decidida.
ROU. Dí.
MAGD. No es solo tu partida
la causa de mi dolor.
ROU. ¿Cuál es? ¡Conocerla ansío!
MAGD. Tiempo hace que sufro muda
el tormento de esta duda:
¿Rouguet, tu amor solo es mío?
ROU. ¿Cómo?
MAGD. Que contestes quiero.
ROU. ¡Tú celos, mi dulce bien!
MAGD. Horribles.
ROU. ¿Pero de quién
MAGD. ¡De... la hija... de tu hostelero!
ROU. (¡Ah!) Desecha ese temor
que inspirarte ha conseguido
alguien que no ha distinguido
la gratitud, del amor.
Cuando a Strasburgo llegué
sabes que enfermo caí;
aun sin amigos aquí

triste y sólo me encontré.
Constante a mi cabecera
velándome noche y día
fué mi única compañía
esa infeliz hostelera.
Ya casi muerto me vi,
y a su afán caritativo
debo el encontrarme vivo
y el ser feliz junto a ti.
Ve si es justo lo que siento
por esa pobre mujer,
y si la puedo tener
menos que agradecimiento.

MAGD. ¡Por fin mi pecho respira!

ROU. Que me haces justicia veo
creyéndome.

MAGD. ¡Ya lo creo!
¡No es tan franca la mentira!
Mas oyendo ciertas voces
repetirlo, me hizo mella...
y luego... como al fin ella...
es hermosa...

ROU. ¡La conoces!

MAGD. Pues hay quien no en la ciudad?
Si en la última procesión
iba en representación
ella de la Libertad!
¡Por cierto estaba preciosa!
(Transición.) Así somos las muje-
[res:
sabiendo que no la quieres
me parece más hermosa.

ROU. Mi amor, vive sin temor,
lo concedo por igual
a ti y a otra amada.

MAGD. (Con viveza.) ¿A cuál?

ROU. ¡A mi patria!

MAGD. ¡Buen amor!

ROU. A ambas todos mis desvelos
dedico y toda mi fe.

MAGD. Quiérela mucho, Rouget,
de esa no he de tener celos!
(Suena lejos una corneta.)

ROU. Te dejo; el deber me llama.

MAGD. Vuelve pronto.

ROU. ¡Hasta después!

MAGD. ¡Adiós! (Viéndole marchar.) (¡Qué
[gallardo es!)

ROU. (Deteniéndose a mirarla.)
(Qué hermosa y cuánto me ama!)
(Vase.)

Magdalena, después Renard

MAGD. No hay otro como él.—Señor,
perdóname que te pida
que antes acabe mi vida
si ha de faltarme su amor. [lir.)
¡Ah! ¡Renard! (Disponiéndose a sa-

REN. No huyais así,
parece que me teméis!

MAGD. ¡Yo! (Deteniéndose.)

REN. Por qué cuando me veis
el paso dejais de mí?
¿Qué puede daros temor?
No así huyais del lado mío.
¿No comprendeis que el desvío
aumenta siempre el amor?

MAGD. ¡Basta, no puedo escucharos!

REN. ¡Vuestra presencia es mi vida!

MAGD. Sabeis que estoy prometida
a otro hombre y que no he de
[amaros.
De mi amor único dueño
es él, dejadme ya en paz.
Es inútil que tenaz
prosigais en vuestro empeño.

REN. ¡Todas iguales!—Rigor
para el que las quiere bien;
al que las ama, desdén,
y al que las engaña, amor.

MAGD. En balde habéis procurado
envenenar con la duda
mi dicha, Rouget la escuda
con la fe que me ha jurado.

REN. ¡Podeis vivir satisfecha
de su constancia sin par!

MAGD. No puedo en mi pecho dar
entrada ya a la sospecha.

REN. (Con fuego.) Hasta hoy viéndose
[engañada
os advertí su falsía,
otra cosa no podía
hacer, ni probaros nada.
Hoy tengo prueba palpable
de su amor a esa mujer.

MAGD. Bien; no la quiero saber. (Pausa.)

REN. (Ya está deseando que hat[illegible])
(Muy pausado.) ¿Sabéis que e[illegible]a se
[ha ali[illegible]do
de cantinera?

MAGD. (Con viveza.) ¡Y se va!

REN. Con él.

MAGD. (¡Oh!)

REN. Así logrará
tenerla siempre a su lado.

MAGD. (Está encendiendo un infierno
en mi alma!)

REN. ¿No lo creeis?
Esta tarde los veréis
marchar juntos.

MAGD. ¡Dios eterno!

REN. Ved que la prueba es segura.

MAGD. ¡Y vos amarme decís
cuando tan solo venís
a envenenar mi ventura!

Nada conseguís, cruel,
con tal proceder infame:
tan imposible es que os ame
como que no le ame a él.
¿Qué más?--Podría acabar
el amor que le profeso;
pero amaros a vos... Eso
no lo debeis ni aun soñar.

REN. Nadie como yo os ha amado,
y tenedlo bien presente,
cambia en odio facilmente
el amor que es despreciado,
y al arrancar mi esperanza
con tan altiva fiereza,
siento que a nacer empieza
en mi la sed de venganza.

MAGD. Lo que con frases de amor
no habeis podido lograr
¡lo pretendeis alcanzar
infundiéndome terror!

REN. Yo nunca amenazo en vano,
por vuestro bien os lo advierto.

MAGD. Digno de vos es por cierto
ese proceder villano.
Sólo a una debil mujer
os atreviérais así!

REN. ¡Ay, desgraciada de tí!
Mía o de nadie has de ser.
¿Oyes? (Cogiéndola por un brazo.)

MAGD. ¡Que llamo! ¡Soltad!

REN. (Soltándola.)
No; ya os dejo.., ya me voy.

MAGD. ¡Salid!

REN. Mis palabras de hoy
en la memoria guardad.

MAGD. (¡Dios mío, yo desfalleezco!)
¡Salid!

REN. Ya no os hablaré
nunca de mi amor. (No sé
si la amo o si la aborrezco.)
(Vase.)

Magdalena sola.

MÚSICA

Sal ya del alma mía,
horrible duda fiera,
que lacerando impía
mi corazón estás:
si es cierta la falsía
del hombre a quien adoro,
si tanto amor fingía
dudar no quiero más.
Sepa yo del pérfido
la cruel traición;
séquense mis lágrimas,
muera ya mi amor.
El fué por vez primera
quien despertó mi alma,
él encendió la hoguera
que hoy siento arder aquí:
¿por qué su voz artera
llegando a mis oidos
tan dulce y placentera
sonaba para mí?
Si es verdad que pérfido
tanto amor fingió,
ser podré su víctima;
¡olvidarle no!

Magdalena y Flora

HABLADO

FLOR. (¡Ella! ¡Qué casualidad!)

MAG. (¡Ah!) (Yendo a marchar al verla.)

FLOR. Deteneos, señora,
tengo que hablaros.

MAGD Ahora...

FLOR. Corre mucha prisa.

MAGD Hablad.

FLOR. En pocas palabras voy
a deciros mis deseos:
no me gustan los rodeos,
vereis lo franca que soy.
Hija del pueblo he nacido
y expresarme no sabré
como vos, pero diré
muy claro a lo que he venido:
Yo amo a Rouget.

MAGD ¡Santo Dios!
Y así me lo confesáis?

FLOR. ¿Por qué no?

MAGD Acaso ignoráis
que nos amamos los dos?

FLOR. Ojalá, pero lo sé,
por eso he querido hablaros.

MAGD No entiendo...

FLOR. Voy a explicaros
muy claramente por qué.—
Jamás por nadie sentí
lo que ese hombre me inspiró:
le ví, le amé. ¿Porqué no
he de confesarlo así?
A su voz el alma mía
regocijada se altera;
si él la vida me pidiera
contenta se la daría.

MAGD Eso no me importa nada;
podeis amarle en buen hora.
¿Qué quereis de mí?

FLOR. (Con fuego.) Señora,
no merecéis ser amada.
Os hablo del loco amor
que ese hombre logró inspirarme
y me oís, y al escucharme
no estalla vuestro furor!
Sabéis lo que mi alma siente
por él; decís que le amais.

y le amo yo ¡y no me odiais?
MAGD No; me sois indiferente.
FLOR. ¡Vaya un modo de querer!
La indiferencia no entiendo;
yo, señora, no comprendo
más que amar o aborrecer.
MAGD Basta: si vuestra intención
hoy mortificarme ha sido
yo os perdono ese atrevido
arranque de la pasión.
Y juro que mi reposo
ni aun levemente alterais
confesándome que amáis
a aquél que ha de ser mi esposo.
Pruebas tengo de que es fiel.
¿Le amais? ¿Qué puede impor-
[tarme?
Pudiera... acaso, inquietarme
saber que os amaba él.
FLOR. ¿Y sabéis que él no me quiera?
MAGD ¿Os ama? (Muy vivo.)
FLOR. ¡Viven los cielos!
¿Qué os importa? ¿Tenéis celos?
MAGD ¿Celos yo de una cualquiera?
FLOR. ¿Cómo?
MAGD Vuestro proceder
me obliga a hablaros así.
FLOR. ¡Ah! Ya sé por qué de mi
celos no podéis tener.
Vuestra superioridad
de clase lo impediría.
Vos sois noble—. Yo lo había
olvidado, dispensad.
Muy pronto esa distinción
no será tan conveniente
y la tendré muy presente
cuando llegue la ocasión.
En tanto, y pese al altivo
desdén con que lo escucháis,
no olvideis que amo al que amais
y que sólo por él vivo,
y quiérame o no me quiera...
MAGD. Tal confesión os rebaja.
FLO. Pues ahí tenéis la ventaja
de ser una... una cualquiera.
Yo puedo expresarme así
y vos tenéis que callar,
yo puedo con él marchar
mientras vos quedais aquí.
MAGD. ¿Eh?
FLO. Sí; voy de cantinera
de su batallón, señora.
(Con intención.)
Ved si me conviene ahora
el ser, así, una cualquiera.
Siempre con el ser amado
las fatigas sufriré
de la campaña y seré
feliz estando a su lado.
Presenciaré su victoria
primera... ¡con qué alegría!
Su gloria será la mía,
compartiremos la gloria;
y si una bala le hiere
le cuidaré con amor...
y moriré de dolor
a su lado si él se muere.
MAGD. (¡Ah, no me engañó Renard!)
FLO. (Al cabo la hice sentir.)
Luego nos vereis partir.
MAGD. Basta; no os puedo escuchar.
FLO. ¿Os molesto?
MAGD. (Mi dolor
ocultarle necesito.)
(Casi riendo.)
Si el no os ama, os lo repito,
¿qué me importa vuestro amor?
Y ya bien claro lo ví,
vuestro afán lo ha descubierto:
si él os amara de cierto
no hubiérais venido aquí.
Queriendo mortificarme
mis dudas desvaneceis:
os doy gracias, porque habeis
venido a tranquilizarme.
Procurad, pues, que el despecho
otra vez así no os venda...
e id con Dios. (¡Que no compren-
[da
todo el daño que me ha hecho!)
(Vase.)

Flora, sola

¡Infame! ¡Tiene razón!
He estado muy torpe, sí;
es claro, la descubrí
sin querer el corazón,
y ahora, gozándose va
en mi duelo y mi amargura:
goza, goza tu ventura,
que poco te durará.
(Vase por el foro.)
La Marquesa y S. Martín; detrás un postillón

MÚSICA

MARQ. Pasad aviso.
No hay nadie aquí.
Anunciad a la marquesa
de Valmy.
(Entra el postillón por la izquierda.)
¡Por fin llegamos!
S. MAR. ¡Gracias a Dios!
MARQ. ¡Ay, qué camino!
S. MAR. ¡Qué agitación!
MARQ. Hoy no es posible

ni aún viajar!
S. MAR. ¡Hoy ni aun se puede
ser sacristán!
MARQ. ¡Ay qué maldita
revolución.
S. MAR. ¡Pueden oiros,
bajad la voz!
MARQ. Nada me importa.
S. MAR. Pues a mí sí,
que vengo muerto
desde París.
Mas felizmente,
no hay que dudar,
tras de estos tiempos
otros vendrán.
Otra vez en el convento
ya tranquilo me veré,
escuchando el dulce acento
de la hermana Salomé.
El refugium pecatorum
las monjitas me darán,
consolatrix aflictorum
de este pobre sacristán!
Y ayudando místico
a los santos fines
pensaré en las vísperas
y en los maitines,
y al fervor monástico
entregado así,
ya per omniasœcula,
cantaré yo allí:
¡Virgo clemens numquan sor-
[dam,
alejáminis la gordam!
Sácanos de estos ahogos
conservando nuestra fe,
y de impíos demagogos
beranos dominè.
prometo más de un año
ejercer la caridad
y hacer vida de ermitaño
y azotarme sin piedad.
Pero al menos véame
en la sacristía
y oiga el dulce cántico
de la letanía.
Y en lugar pacífico
viéndome yo así,
ya *per òmnia sæcula*
cantaré yo allí:
¡Vade retro populorum!
¡liberanos palizorum!

Dichos, Magdalena y el Barón de Dietrich

HABLADO

MAGD. ¡Tía!
BAR. ¡Señora!
MARQ. ¡Hija mía! (Abrazándola.)
¡Barón! (Tendiéndole la mano para que la bese.)
BAR. ¡Vos por esta casa!
MARQ. Bien podeis asegurar
que sólo de mala gana
puedo venir a Strasburgo
desde París.
BAR. ¿Pues qué pasa?
MARQ. ¿Y lo preguntais, Barón?
BAR. ¿Qué hay de nuevo? No sé nada.
MARQ. ¡En verdad que ya no es nuevo!
Desde que empezó la infausta
revolución derribando
hasta las cosas más altas,
nadie ocupa su lugar,
tiene la aristocracia
que huir de la corte o ser
víctima de la canalla.
Pero a fe que las Potencias
unidas hoy contra Francia,
pondrán pronto cada cosa
en su lugar.
S. MAR. (Que está detrás en pie.)
¡Dios lo haga!
BAR. (Volviéndose.)
¿Eh? ¿Quién es el que se atreve
a decir esas palabras?
S. MAR. Señor...
BAR. ¿Quién sois?
S. MAR. (Por la Marquesa.) La señora
sabe...
BAR. (A la Marquesa.)
¿Viene con vos? Basta.
MARQ. Es un buen hombre...
S. MAR. Me honrais,
señora Marquesa.
MARQ. Estaba
de sacristán en las monjas
teresas, y al exclaustrarlas
se quedó el pobre en la calle;
y yo, que necesitaba
un mayordomo, le dí
este oficio y me acompaña.
¿Pero por qué os alterasteis
al escuchar sus palabras?
BAR Porque respeto, señora,
las creencias de una dama
como vos, sólo por serlo,
mas no puedo tolerarlas
en un hombre cuando son
en desdoro de la patria.
S. MAR. (Este viejo es demagogo.)
BAR. (Volviéndose a San Martín.)
Mas diga cuanto le plazca.
Fué sacristán, y ya he dicho
que yo respeto las faldas.
S. MAR. (Sospecho que me ha insultado.)

MARQ. ¡Ay Barón! No recordaba
que siempre vuestras ideas
fueron revolucionarias.
BAR. Siempre.
MARQ. ¿Y no os arrepentís
viéndolas puestas en práctica?
BAR. Por qué, señora?
MARQ. ¿Por qué?
La pregunta me hace gracia.
Reina el desorden en todo,
se encumbra la gente baja,
predícase el exterminio
de los nobles en voz alta,
la usurpación o el incendio
la propiedad amenazan,
y nadie puede vivir
seguro, ni aun el monarca.
S. MAR. (Ni aun un pobre sacristán
que no se ha metido en nada.)
BAR. Señora, soy el primero
en deplorar lo que pasa,
y creo que sólo el orden
puede salvar a la patria.
Creo que deben calmarse
las pasiones exaltadas
de los diversos partidos
que hoy entre sí se desgarran;
creo que la libertad
con el orden se afianza,
que sin él vivir no puede;
mas no quiero que lo traiga
el extranjero imponiéndolo
con la fuerza de las armas:
ese orden me da vergüenza,
que es a costa de la infamia.
MARQ. Si no es solamente el orden
lo que hoy vienen Prusia y Austria
a restablecer.
BAR. Por eso
el pueblo indignado se alza.
MARQ. Vienen para levantar
lo que ha hundido la canalla.
BAR. El pueblo.
MARQ. Bien, es lo mismo.
BAR. No señora, hay gran distancia.
MARQ. Para mí es igual.
BAR. Por eso
no comprendeis mis palabras.
MARQ Barón, no he de convencerme
oyéndoos.
BAR. Entonces basta.
Cerrando los ojos nadie
puede ver la luz más clara.
MARQ (A Magdalena.)
¿Qué es eso, hija mía? Os veo
así como contristada.
Vos pensaréis como ,
lamentaréis lo que pasa.
MAGD Yo pienso como mi padre:
no he de creer que me engaña.
S. MAR (También ella es demagoga!)
MARQ Veo que las nuevas máximas
tienen a la juventud
completamente cambiada.
¿Y qué solemnizan hoy?
que he visto en calles y plazas
levantar arcos de triunfo?
BAR. Es porque esta tarde marchan
los voluntarios.
MARQ ¿A dónde?
BAR. A la guerra. Se adelantan
para guardar la frontera
y tal vez atravesarla.
MARQ ¡Ay, San Martin!
S. MAR ¿Qué hay, señora?
MARQ Que nos tengan preparada
la silla para marchar
al momento, no nos vayan
a detener.
BAR. ¿Pero adónde
os vais, señora?
MARQ A Alemania.
BAR. Es imposible.
MARQ Traemos
pasaportes.
BAR. No os bastan.
Hoy ya para atravesar
la frontera, es necesaria
una orden de la Asamblea:
ha llegado esta mañana
el mandato.
MARQ ¡Santo Dios!
S. MAR (¡Santo fuerte!)
MARQ Yo pensaba
detenerme aquí dos días.
MAGD ¡Pues os quedais mientras alzan
la prohibición!
MARQ Imposible,
no quiero estar más en Francia,
yo no puedo con paciencia
presenciar lo que aquí pasa.
Esta tarde nos marchamos!
BAR. Y os cogen por emigrada
y teneis pena de muerte.
MARQ ¡Jesús!
S. MAR (¡La Virgen nos valga!)
MARQ Y quedándonos aquí
si la situación se agrava,
¿qué vamos a hacer?
BAR. Estáis
segura estando en mi casa.
S. MAR (Mucho. En la boca del lobo!)
MAGD No hay remedio.
MARQ (Ap. a San Martin) (Yo alojada

por un revolurionario,
San Martín.)

S. MAR (Aquí nos asan.)

Dichos, Rouget

ROU. Señores...

MAGD ¡Ah, Rouget!

ROU. (Al Barón.) Vengo
a cumpliros mi palabra.

BAR. ¿Traéis el himno?

ROU. Aquí está.

BAR. Os presentaré a esta dama.—
La Marquesa de Valmy,
mi parientá muy cercana.
Rouget de L'isle, mi yerno.
futuro.

S. MAR. (Yo estoy en ascuas.)

BAR. Capitán de artillería
que hoy los voluntarios manda
y a la vez poeta y músico
notabilísimo.

ROU. Gracias.

BAR. Ha escrito un himno patriótico
y quiere antes de su marcha
hacérnoslo conocer.
Pasemos, pues, a la sala.

S. MAR. (A la Marquesa,)
(Nos va a hacer oir alguna
canción revolucionaria.)

MARQ. ¿Y os llamais?

ROU. Rouget de L'isle.

MARQ. No conozco vuestro, nada.

ROU. Pobre poeta ignorado,
músico desconocido,
mi nombre está en el olvido
con justicia sepultado.
y nunca lo habréis oido.
La artística afición mía
há tiempo que conocía
mi buen amigo el barón.
y asi anoche me decía
alentando esta afición:
—¿Por qué un himno no escribís
fiel expresión de ese ardiente
entusiasmo que sentís
para inspirarlo igualmente
a nuestro pobre país?
Un himno que el pueblo aprenda
facilmente, que se extienda
pronto de una a otra ciudad;
¡himno sagrado que encienda
amor a la libertad!
Debeis escribirlo—. Sí,
dije, y a casa partí.
Lleno de fuego llegué
sintiendo agitarse en mí
el patriotismo y la fe.
El odio à la tiranía
guiaba la pluma mía;
las ideas se agolpaban,
y en tropel, juntos brotaban
la música y la poesía.
Ya acalorada mi mente.
con trémula mano ardiente,
estas líneas escribí:
Si es bueno lo que se siente
algo bueno traigo aquí.
Venid mi canto a escuchar.
No quiero más galardón
si en la masa popular
un eco logran hallar
las notas de mi canción.

(Entran por la izquierda Rouget dando la mano a la Marquesa; detrás el barón y Magdalena; y tras ellos S. Martín que al entrar se santigua.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

LA MARSELLESA

Plaza de la catedral. A la izquierda, primer término, la Alcaldía, cuya gran puerta y reja volada dan a la calle. A la derecha, la entrada de otra, con un gran arco triunfal de verdura, coronado por gallardetes. Dos arcos más en otras dos calles. Al foro la catedral. Al efectuarse la mutación la plaza está sin otra gente que los cornetas que tocan llamada debajo de los arcos

Mujeres del pueblo; después voluntarios con armas, chiquillos, viejos, coro general

MÚSICA

CORO GENERAL

La hora se acerca
de la partida,
la gente acude
ya prevenida.
Tal entusiasmo
nunca se vió;
el pueblo unánime
su grito dió.
Calles y plazas
llena la gente,
y el más cobarde
mudó en valiente;
que en sus oídos
llegó a sonar
el grito mágico
de libertad.

(Quedan en el centro los voluntarios. A la

izquierda las mujeres y a la derecha los viejos.)

VIEJ. Si falta a nuestros brazos
la fuerza y el vigor,
al grito de la patria
aún late el corazón.
Marchar podeis tranquilos
por los que aquí dejais:
nosotros moriremos
cuidando vuestro hogar.

MUJ. No penseis que llorando os aguar-
[dan
la esposa y el hijo;
prefieren no veros
a veros vencidos.
Nuestros ojos no anubla hoy el
[llanto,
no pueden llorar,
porque sólo sentimos la envidia
de veros marchar.

(Un grupo de veinte muchachos armados, con su tambor al frente, aparecen por la derecha formados.)

CHIC. Somos los hombres
del porvenir,
y en nuestra débil
fuerza infantil
van los cimientos
en que ha de hallar
firme baluarte
la libertad.
Los hombres de mañana
vamos aquí;
los de hoy nos dan ejemplo
para morir.

(Vanse los chicos.)

CORO GENERAL

A la voz de la patria
despertó la nación,
y responden el niño
y el anciano a su voz.
Tal entusiasmo
nunca se vió;
el pueblo unánime
su grito dió.

Dichos, Flora, de cantinera, por la derecha, Renard por la izquierda.

FLO. Siglos son los instantes
que ya acabando van
hasta sonar la hora
dichosa de marchar.
¡Con él! ¡Siempre a su lado!
Tal dicha yo jamás
por grande, por inmensa,
ni aún me atreví a soñar.

REN. ¿Qué esperáis?

FLO. A nuestro jefe.

REN. (A todos.)
Pues a fe que el capitán
no da ejemplo de impaciencia
al hacernos esperar.
Del amor el dulce lazo (A Flora.)
deteniéndole allí está.
(Señalando a la alcaldía.)
y a dejarle no le mueve
la impaciencia popular.

FLOR. ¡A llamarle!

TODOS. ¡Sí; que salga!

(Se dirigen tumultuosamente hacia la puerta de la alcaldía. De pronto se oye la voz de Rouget que canta dentro acompañado por el clave la primera estrofa de la Marsellesa. Al oirla, Flora detiene a la multitud, que se para y escucha.)

FLOR. ¡Silencio!—¡Escuchad!

ROU. Marchemos, hijos de la patria.
glorioso día luce ya! [te
Otra vez el sangriento estandar-
los tiranos se atreven a alzar.
¿Oís rugir por la campiña
esa turba salvaje y andaz?
Degollar vuestros hijos desea
para ahogar en su sangre nues
[tra idea!
¡El arma preparad!
¡No hay tiempo que perder!
Marchad, marchad
a defender
la santa libertad.

(El pueblo oye conmovido la primera estrofa. —Al cantar Rouget el estribillo, el coro le repite con Flora. Rernard a un extremo del escenario los contempla sombrío.)

CORO. Al arma sin tardar! etc.

Dichos, Rouget, Barón, Magdalena, la Marquesa y San Martín.

Rouget saca la bandera que en el cuadro anterior estaba en la sala de la alcaldía, y con ella enarbolada canta la segunda estrofa del himno, cuyo estribillo repiten todos con el mayor entusiasmo

ROU. Mirad las hordas de traidores
que el suelo patrio van a hollar.
¿Para quienes son esas cadenas
que forjando iracundos están?
Son para tí, pueblo querido;
presto ve tal afrenta a vengar;
el furor en tu pecho despierte,
busca ya la victoria o la muerte!
¡El arma preparad! etc.

TODOS. Al arma sin tardar, etc.
(Se oye un cañonazo.)

ROU. (A Magdalena,)
(Adiós, mi bien amado

la hora fatal llegó!)
REN. (Tal vez es la postrera (Mirándolos.)
en que os hablais los dos!)
MAGD. (Mirando a Flora.)
(El ver que marchan juntos
me parte el corazón!)
FLOR. (El alma me destroza
ver juntos a los dos!)
BAR. (A Rouget.)
(En marcha ya, hijo mío;
llevad mi bendición!)
S MAR. (¡Qué voz! Y qué bien canta
esa feroz canción!)
MARQ. (No hay duda que el tal himno
a todos conmovió.)
CORO. Tronando nos despide
el bronce con su voz!
TODOS. ¡Adios! ¡Adios! (Se abrazan.)
ROU. Y CORO.
Marchemos, sí, la patria nunca
[en vano, etc.

(Desfile de las fuerzas militares por delante de la alcaldía. Rouget se incorpora a los voluntarios y Flora se coloca a su lado.—El pueblo los despide agitando en el aire pañuelos y sombreros.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

EL TERROR

La escena dividida. A la izquierda del actor una calle estrecha, cortada en último término por un pretil. Sobre éste, hasta perderse lo más lejos posible, una callejuela: La calle, que ocupa los primeros términos, está cortada por otra trasversal, a la cual hace esquina la casa de la izquierda. De esta se ve el patio, junto a una puerta de la calle está la portería, que es un cuchitril abierto por la parte que da al público. Al foro escalera que conduce a los pisos superiores. A la derecha puerta. Al levantarse el telón empieza a anochecer.

Varias vecinas bajan por la escalera a tiempo que entran de la calle otras. Algunas hacen calceta

MÚSICA

UNAS ¡Felices, ciudadanas!
OTRAS ¡Fraternidad!
UNAS ¡Salud!
(En voz muy baja.)
¿En dónde está el portero?
OTRAS Sin duda se fué al club.
UNAS Ved sin embargo si está;
hay que tener precaución,
no nos denuncie después
el ciudadano Nerón.
VEC. (Después de mirar la portería.)
¡No está, no está!
OTRAS ¡Pues hablemos ya!
Ciudadanas, ¿qué sucede?
¿que se dice por ahí?
UNAS Cunde el miedo y no hay un alma
por las calles de París.
OTRAS Hoy sin duda por el centro
algo grave sucedió,
pues se nota por el barrio
que en aumento va el terror:
¿Qué ocurre, ciudadanas?
¿Qué pasa por ahí?
UNAS Se dicen muchas cosas
OTRAS Decid. Contad:
UNAS Oid.
(Con misterio.)
Dicen que todos los girondinos
hoy juzga al cabo la Convención;
su muerte piden los jacobinos
y nadie espera la absolución.
Danton anoche juró su ruina
y hoy a los jefes acusará;
tal vez mañana la guillotina
con todos ellos acabará.
TODAS ¡Qué horror! ¡Mañana la guillo-
[tina
con todon ellos acabará!
Esto se dice,
esto se cuenta;
poco se sabe.
mucho se inventa.
Lo único cierto
es que hay terror
y la cosa va
cada vez peor.
Dicen que aumentan los vendeanos,
que ya dominan en su país,
y se asegura que los prusianos
a escape vienen sobre París.
Con las continuas ejecuciones
está aterrada la capital,
y a cientos mandan las delaciones
los jacobinos al tribunal.

Esto se dice,
esto se cuenta,
poco se sabe,
mucho se aumenta.
Lo único cierto
es que hay terror
y la cosa va
cada vez peor.

(Se oyen gritos cercanos, entre los que sobresale éste: «¡Mueran los aristócratas, mueran!»)

VEC. ¿Oís ese tumulto?
¿Qué pasará?

(Salen todas a la puerta de la calle.)

Dichas, Jacobinos, Descamisados y Mujeres, que traen en triunfo a San Martín.

JACOBINOS Y DESCAMISADOS

¡Mueran los girondinos!
¡Viva Marat!

(Las Vecinas al verlos vuelven a entrar en el patio asustadas. El coro conduce a San Martín hasta la puerta de la casa.)

CORO. Aquí va la esperanza
de la Nación.
¡Abajo los exnobles!
¡Viva Nerón!

(San Martín entra en el patio seguido del coro.)

S. MAR. El pueblo se corona en mi cabeza,
dijo Marat, ciñéndose el laurel;
yo esta ovación en nombre de la patria
acepto como aquél.
Mil gracias, ciudadanos,
si el triunfo conquisté
la nueva idea en cambio
popularizaré.

CORO. Si logra su elocuencia
el triunfo conquistar,
la nueva idea en cambio
popularizará.

S. MAR. Yo quiero ver cien nobles
colgados de un farol,
racimo que en un día
vendimie la nación.
Yo soy descamisado,
yo quiero la igualdad;
si yo no tengo nada,
que nadie tenga más.
Muerte y exterminio
haya por doquier;
sangre y degollina,
ese es mi placer.

CORO. Muerte y exterminio, etc.

S. MAR. El pensamiento libre
proclamo en alta voz,
y muera quien no piense
igual que pienso yo.
De todo jacobino
que anhele aquí vencer
fraternidad y palo
la enseña debe ser,
Muerte y exterminio, etc.

CORO GENERAL

Muerte y exterminio, etc.

HABLADO

CIUD. 1.° Bien, ciudadano Nerón
tú serás otro Marat.

CIUD. 1.ª Si hubiera muchos patriotas
como tu...

S. MAR. Sí, pocos hay.
Aquí para que la cosa
marche bien hay que cortar
lo menos dos mil cabezas
diarias. (No he dicho más
porque no se me ha ocurrido,)

CIUD. 1.ª Esa es la pura verdad.

CIUD. 2.ª Quedan muchos aristócratas
que son el foco del mal.

CIUD. 2.° Y realistas a millares.

CIUD. 1.° Hoy se ha logrado escapar
un sacristán que anda oculto,
pero ya parecerá;
en cuanto le eche la garra
va derecho al tribunal.

S. MAR. Sacristán. ¡Gente de iglesia!
se le debe despreciar,
dejadle.

CIUD. 1.° (Amenazador.) ¡Cómo! Tu dices
que se deje en libertad
al sacristán de un convento
de monjas!

S. MAR. ¿De monjas? ¡Ah!
¡De monjas! ¡Era de monjas!
Entonces no hablemos más,
merece la guillotina:
había entendido mal.
¡Desolación y exterminio!
¡Que no quede un sacristán!

TODOS ¡Bien!

S. MAR. (Perdone mi cofrade,
no sirve mi voluntad)
conque ciudadanos, yo
aun tengo que redactar
una moción para el club
y va siendo tarde ya.

CIUD. 1.° Sí, nosotros nos marchamos
a la Convención.

S. MAR. Si hay
alguna cosa importante,
ya lo sabeis, avisad,
y mañana a la sección,
y cuidado con faltar.

CIUD. 1.º Buenas noches, ciudadano.
S. MAR. ¡Salud y fraternidad!
(Sale el Coro a la calle. Las vecinas como atemorizadas, suben por la escalera a sus habitaciones.)

MÚSICA

CORO (Alejándose.)
El pueblo sus cadenas
ha roto ya,
¡Mueran los girondinos!
¡viva Marat!
(Vase por el foro.)
San Martín solo después de ver si hay alguien
¡Basta, basta ya de ficción!
Nadie ya me puede ver.
ya puedo dejar de ser
el ciudadano Nerón.
Mi apacible condición
a solas no he de ocultar.
¡Quién había de pensar
que el beato San Martín
llegaría a ser al fin
un ídolo popular.
Yo que no tengo valor
para matar un mosquito,
así que levanto el grito
infundo a todos horror.
Se me nombra con temor,
y aquel que se atreve a más
solamente por detrás
me señala con el dedo;
y estando muerto de miedo
soy terror de los demás.
De todos los oradores
yo soy quien logra obtener
más aplausos al hacer
proyectos aterradores.
Mas de predicar horrores
y absurdos continuamente,
tan turbada está mi mente,
que anoche mientras dormía
soñaba que me comía
a una vecina de enfrente.
Soy odiado, soy temido
y adquiere fama mi nombre.
Señor, ¿seré yo un gran hombre
sin haberlo conocido?
No; yo no soy presumido,
la gloria no me cegó,
y cien veces me ocurrió
al verme aplaudido así,
«¡cuántos habrá por ahí
que harán lo mismo que yo!»
(Entra en la portería.)
(Bostezando.)
¡Qué sueño tengo! Este afán
continuo rinde a cualquiera.
(Se sienta en el tablado.)
Si esa gente descubriera
que yo he sido sacristán...
¿Cómo no adivinarán
que soy un hombre de bien?
Tienen ojos y no ven,
pero esto viene en mi auxilio.
(Santiguándose.)
In nomine Patri et Filio
Spiritu Sancto, amen.
(Se echa y duerme. Música en la orquesta.)
Aparecen por el foro en lo alto del pretil Rouget, Magdalena y la Marquesa, vestidas como del pueblo bajo. Esta con una gran escarapela tricolor en la cabeza.
MARQ. Nos sigue un hombre, Rouget.
ROU. Silencio y andad de prisa.
(Por el mismo sitio aparece también Renard.)
Una patrulla. Ocultémonos.
MARQ. ¿Pero dónde?
ROU. Aquí, en seguida.
(Se ocultan en el umbral de una puerta: Renard hace lo mismo en la esquina del tercer término derecha. Sale por la derecha una patrulla de Guardias Nacionales, que se detiene al oir la patrulla de seccionarios, que sale por la izquierda. Ambas al verse preparan las armas.)
GUAR. ¿Quién vive?
SEC. Sección del Temple.
GUAR. Vé si tiene la consigna,
(A uno de la patrulla.) ciudadano.
CIUD. (Acercándose al Seccionario que avanza.) ¡Fuerza!
SEC. ¡Unión!
CIUD. Bien. ¡Viva la Comun!
TODOS. ¡Viva!
(Los Seccionarios suben por el pretil y los Guardias se marchan por la izquierda.)
ROU. (Después de verlos desaparecer.)
No hay nadie; podeis salir.
MARQ. Os digo que nos seguía
un hombre.
ROU. Callad ahora.
MARQ. (Uf, qué barrios; me horripilan!)
(Renard, que los ha seguido, al ver que se detienen ante la casa, se oculta tras de la esquina asomando un momento la cabeza.
MARQ. ¿Es esta la casa?
ROU. Sí,
(Abre con llave la puerta. Entran.)
(Mirando a lo largo de la calle.)
Sin duda perdió la pista.
(Cierra la puerta.)
REN. (Mirando la casa.)
Me basta. Ya habéis caido.

No olvidaré la guarida.
(Vase rápidamente por el pretil. Cesa la música.)

ROU. (Acercándose a la portería.)
¡Ciudadano; ciudadano!
No hay nadie en la portería
sin duda; mas vendrá pronto:
habrá ido a adquirir noticias.

MARQ. ¿Pero nuestra habitación
cuál es?

ROU. No sé; prevenida
desde hoy al anochecer
me dijo que la tendría,
y es necesario esperar
hasta que venga y nos diga
cuál es. Aquí mientras llega
podéis descansar tranquilas.

MARQ. ¿Y quién es el cariñoso
protector que nos auxilia?

ROU San Martín.

MARQ. ¡Cómo! ¡Es posible!

ROU. Silencio.

MARQ. ¡Oh, alma bendita!
Conque está en París el pobre.
Y yo que no lo sabía.
Es un santo. ¡No sé cómo
no ha ido ya a la guillotina!

ROU. Ya lo sabreis. Magdalena,
cálmate ya, no te aflijas,
Vuelva yo a ver en tus ojos
reflejarse la alegría.

MAGD. ¡Ay Rouget! Ya no es posible
murió para mí la dicha.

ROU, Te lo ruego por mi amor,

MAGD. ¿Pues que sin él viviría?
Un año lejos de ti
se ha sostenido mi vida
no más que con la esperanza
de volver a verte un día.

ROU. Pues bien, ya estoy a tu lado,
refiéreme tus desdichas
y únanse para llorarlas
tus lágrimas y las mías.

MAGD. Rouget, desde que marchaste
a la guerra, sin noticias
tuyas, creyéndote muerto,
viví en constante agonía.
La revolución creciente
desencadenó sus iras.
Yo temblaba por mi padre
que en vano evitar quería
los excesos de la plebe,
más y más enardecida
cada vez contra los nobles
que aún en la ciudad vivían
Há muy poco tiempo fué
denunciado por realista
y conducido a París.
Preso él ya, ¿quién detenía
en su vértigo insensato
a la plebe enfurecida?
Nadie. Entre aquella marea
que por momentos subía,
nos vimos amenazadas
de muerte nosotras mismas
y una noche entre las turbas
huimos despavoridas
al resplandor de la hoguera
de mi palacio que ardía.
Vinimos a París. Yo,
confiando en la justicia
del tribunal esperaba
que a mi padre absolvería.
Cómo suponer que fuese
una delación inícua
bastante para cambiar
tan pronto al ídolo en víctima?

MAR .. Y sin embargo así fué.

MAGD. Las dos, al siguiente día
de hallarnos aquí, le vimos
morir en la guillotina,
¡al son de tu himno! de aquel
que a instancia suya escribías
hace un año y que cantabas
el día de tu partida!

MARQ. ¡Dichosa canción! A mí
me causa espanto el oirla.
(Sentido.)

MAGD. Sin duda no morí entonces
porque hasta odiaba la vida,
y Dios me quitaba sólo
aquello que yo quería!

ROU. ¡Qué horror!

MAGD. Desde aquel instante
en agitación continua,
llevando nombres supuestos
para no ser perseguidas
y temiendo una denuncia
si alguno nos conocía,
hemos vivido seis meses
eternos, sobrecogidas
de terror, con la amenaza
de la muerte a nuestra vista.

MARQ. ¡Ay! ¡Hemos sufrido mucho!
Rebajadas, confundidas
con la canalla, cosiendo
para pasar por modistas,
dejándonos tutear
por la gente más indigna,
llamándome *ciudadana*,
que es lo que más me horroriza..
Os juro que muchas veces
casi he estado decidida
a exclamar a voz en grito

denunciándome yo misma:
¡he sido, soy y seré
aristócrata y realista!
¡Muera la revolución
y viva la monarquía!

ROU. ¡Prudencia! ¡Por Dios!

MARQ. Al fin
he logrado hacer de tripas
corazón, y eso tal vez
nos ha salvado la vida.
Me he puesto la escarapela
tricolor; ¡ved que bonita!
y hoy os dirá todo el mundo
que soy una jacobina
descamisada. Y en esto
no mienten los que lo digan,
que entre unos y otros al fin
me han dejado sin camisa.

ROU. Al escuchar el relato
de todas vuestras desdichas
veo que no fué conmigo
la desgracia tan impía.
Desde que lejos de tí,
pisando tierra enemiga
fuí soldado de la patria
del Rhin en la opuesta orilla;
la vida del campamento,
el peligro y la fatiga,
todo, prestaba a mi ser
nuevo aliento y nueva vida,
y con tu amor por escudo
valeroso combatía.
Cien veces al son del himno
que hoy en tus oidos vibra
como un cántico de muerte,
nuestras huestes decaidas
por el cansancio, se alzaron
poderosas a mi vista.
Entonando con voz ronca
las estrofas aprendidas
entre el fragor incesante
de aquella lucha continua,
los soldados fueron héroes,
y al pelear, *parecía*
que el corazon de la patria
palpitaba en nuestras filas.
Mi canción daba al soldado
con sus frases vengativas,
en la derrota consuelo,
en la victoria alegría.
Ya desbandado el ejército
cuando la traición inicua
de Dumouriez, yo rompí
el acero que ceñía.
Fuí presuroso a Strasburgo,
procuré adquirir noticias
vuestras, pero inútilmente;
y cuando casi perdida
la esperanza de encontrarte
mi ánimo desfallecía,
Dios te puso en mi camino.
Sea mil veces bendita
la hora en que mis ojos vuelven
a ver tú imagen querida.

MAGD. ¿Y... aquella mujer?

ROU. Quién, ¿Flora?
No sé si está muerta o viva.
(Con emoción.)

MAGD. ¡Es posible! ¿No está aquí?

ROU. Tres meses há cayó herida
en el campo y prisionera
de las tropas enemigas.
Ignoro cuál fué su suerte
después.

MAGD. Infeliz.

ROU. Es digna
de compasión.

MAGD. La perdono.
Su delito consistía
en amarte, y para mí
sólo esto la justifica.

S. MAR. (Soñando.) *Et cum espíritu tuo.*
(Despertando sobresaltado.)
¡Eh! ¿Quién es? Qué pesadilla.
(Sentándose.)
Si alguien me ha oído... Soñaba
que estaba ayudando a misa.
(Se levanta.)

ROU. ¿Habéis oído? Parece
que hay gente en la portería.
(Acercándose.)
Ciudadano

S. MAR. ¿Quién me llama?
(Ciñéndose el sable.)
Voy.

ROU. Es él.
(A la Marquesa y Magdalena.)

S. MAR. Voy en seguida.
Dichos, San Martín.

S. MAR. (Saliendo.) ¿Quién es?

MARQ. San Martín.

S. MAR. (Cogiéndola violentamente por un brazo.) Chitón.
San demonio.

MARQ. ¿Qué tenéis?

S. MAR. Me llamo, no lo olvideis,
el ciudadano Nerón.

MARQ. (Aterrada.) ¡Cómo! Sereis vos...

S. MAR. Si tal.
El mismo.

MARQ. (Cómo ha cambiado.)

S. MAR. El primer descamisado
de toda la capital.
Yo soy Nerón, pero en todo,

y como él matando vivo.
MARQ. (Dios nos valga.)
S. MAR. Y os prohibo
que me llameis de otro modo.
MARQ. (Dios mío, si este es otro hom-
[bre.)
S. MAR. ¿Oís?
MARQ. Así os llamaré,
San... Nerón. Pero, ¿por qué
habéis cambiado de nombre?
(Tímidamente y con mucho sigilo.)
S. MAR. Qué pregunta, voto a tal.
Pues no sabeis ignorante,
que hemos dejado cesante
a la corte celestial?
Hoy, todo buen ciudadano
que es enemigo del trono,
elige por su patrono
a un héroe griego o romano.
Yo tengo entre los vecinos
de la casa, Cicerones,
Calígulas y Catones
y Rómulos y Tarquinos.
Hay Lucrecias y Sabinas
y Aquiles y Horacios flacos,
y dos madres de los Gracos
y tres o cuatro Agripinas.
Y un Scipión, un Marcial,
un Scévola, un Severo,
dos Brutos en el tercero
y tres en el principal.
MAR. ¡Ah, Todo ha cambíado, sí!
S. MAR Y es raro que lo extrañéis;
vos misma ya no seréis
la Marquesa de Valmy.
MAR. ¡Callad! ¿Qué he de ser? Yo soy
la ciudadana Isidora,
costurera y planchadora.
S. MAR. (Riendo.) Lo que va de ayer a
[hoy!—
(Trancisión.)
Bien, pues como he dicho ya
al ciudadano Rouget,
yo en esta casa os tendré
y nadie os molestará.
MAGD. ¡Gracias!
S. MAR. Con la condición
de verme sólo y hablarme
como portero y llamarme
el ciudadano Nerón.
MAR. Está bien.
S. MAR. Y procurad
al hablar de ciertas cosas
el no haceros sospechosa
a nadie en la vecindad.
No vayan a descubrir
quiénes sois a lo mejor
y por hacer un favor
me den a mí que sentir.
MAGD. Podeis estar descuidado:
temerosas de inspirar
sospechas, casi a no hablar
nos hemos acostumbrado.
ROU. (Con ironía.) La libertad conse-
[guida
por el pueblo es tan completa
que una palabra indiscreta
hoy puede costar la vida.
S. MAR. ¿Queréis libertad mayor?
ROU. Mucho mayor la anhelaba,
que la libertad acaba
en donde empieza el terror.
S. MAR. Es que por diversos modos
y esperando impunidad...
ROU. No la llameis libertad
si no es igual para todos!
De estar sujeta a la ley
de la infame tiranía
yo nunca preferiría
la de un pueblo a la de un rey.
Y no es que al monarca inmolo
la fe que en mis venas arde,
es que al menos no es cobarde
cuando la ejerce uno solo.
S. MAR. Os escucho con sorpresa.
ROU. No sé por qué, ciudadano.
S. MAR. Así habla el *republicano*
autor de la *Marsellesa*.
ROU. Mi himno no se llama así.
S. MAR. ¡Cómo!
ROU. Al ser envilecido
ese canto hasta ha perdido
el nombre que yo le dí.
Marsellesa con qué razón
a apropiárselo se atreve?
Mi canto llamarse debe
el canto de la Nación.
Vengo de oirlo entonar
al soldado que pelea,
cantando un himno a la idea
que le impulsa a pelear.
Y veo aquí con dolor
que ese canto que ha animado
en la batalla al soldado
es el himno del terror.
Yo en esa canción querida,
que oigo profanar ahora,
forjé un arma vengadora,
pero no un arma homicida.
Aquí sembrando el espanto
marchan hordas de bandidos
al compás de los sonidos
de ese patriótico canto,
y a la par que lo profieren

en el crímen se desatan;
aquí cantándolo matan
y allá cantándolo mueren.
Siempre suenan para mí
allí alegre, aquí sombrío;
¡aquel es el canto mío,
no el que entonan los de aquí!

S. MAR. ¡Silencio!

ROU. ¡Tenéis razón!
Alguien nos puede escuchar.—
Creo que debéis entrar
en la nueva habitación.

S. MAR. (Dirigiéndose a la portería.)
Voy por la llave.

ROU. Yo os ruego
me dejéis la de la puerta
de la calle, por si acierta
a serme precisa luego.

S. MAR. ¡Llevadla!
(Entra en la portería y coge la otra llave.)

MAGD. ¿Te marchas?

ROU. Sí,
pero acaso volveré:
si noto alarma vendrè
a pasar la noche aquí,
mas si no hay agitación...

MAGD. ¡No salgas! Me infunde miedo
verte marchar.

ROU. Hoy no puedo
faltar a la Convención.
(En voz baja para que no se entere San Martín.)
(Si el partido girondino
logra esta noche salvarse,
¡quién sabe! puede esperarse
que cambie nuestro destino!

MARQ. (¡Dios lo quiera!)

ROU. Hasta mañana,
Magdalena!

MAGD. ¡Adiós, Rouget!
Ven temprano.

ROU. Sí vendré.
(A la Marquesa.)
¡Buenas noches... ciudadana!
(Sale a la calle después de cerciorarse que nadie le ve. Vase por la izquierda.)

Dichos menos Rouget

S. MAR. Voy a coger el farol.
(Lo descuelga.)
Vamos.—Veréis qué cuartito:
no es que sea muy bonito,
pero es claro como un sol.

MARQ. ¡Gracias!

S. MAR. Y al menos podréis
tranquilas en él estar.

MAGD. Cómo os podremos pagar
el favor que nos haceis!

S. MAR. Ya os he dicho lo que quiero!
(Abriendo la puerta derecha.)
hablar poco y se acabó.
¡Pasad!
(Cediéndolas el paso cortesmente.)
(Entra Magdalena,)
(Ya olvidaba yo (Transición.)
mi papel!)
(Entra antes que la Marquesa, impidiéndola el paso.)

MARQ ¡Habrá grosero! (Entra.)

Flora, baja por el pretil como reconociend el sitio.

MÚSICA

Esta es la calle,
no hay duda, no.
Este es el sitio
que me indicó.
Renard me jura
que vió a los dos...
celoso acaso
se equivocó.
Goce mi alma,
no más recelos;
ceda un instante
mi agitación:
Basta de duda,
duerman los celos
en lo profundo
del corazón.
Voy a verle, Dios mío.
¡Qué más dulce placer!
Voy al fin en sus ojos
a mirarme otra vez.
Si él a mi acento enamorado
con tierna voz responde ya,
¡oh, qué feliz seré a su lado,
cuánta ventura me dará!
(Transición.)
Mas si otra vez su pecho yerto
se muestra duro a mi dolor.
seré leona del desierto
que ruge fiera por su amor.

Dicho y Renard, después San Martín.

HABLADO

REN. Flora.

FLO. Renard.

REN. (Señalando la casa.) Aquí es.

FLO. Qué feliz casualidad.
Ahí habita el ciudadano
Nerón.

REN. ¿Le conoces?

FLO. ¡Ah!
Más de lo que él se figura.
En nuestras manos están;

ahora te respondo de ello.
(Queda como pensando.)
S. MAR. (A la Marquesa, que la acompaña hasta la puerta.)
Cuidado con olvidar
lo dicho.
MARQ. No lo olvidamos.
S. MAR. Salud y fraternidad.
MARQ. (Y un demonio que te lleve.)
(Cierra la puerta.)
FLO. (Dirigiéndose a la puerta.)
Sí, lo mejor es llamar:
él debe estar a estas horas.
REN. ¿Qué intentas?
FLO. Ya lo verás.
(Da dos aldabonazos.)
S. MAR. (Que da un salto al oir los golpes.)
Jesús. Qué susto me ha dado.
¿Ahora quién diablos será?
¿Quién es? (Con voz muy ronca.)
FLO. Una ciudadana
que quiere hablarte.
S. MAR. Allá va.
Siempre será una oradora
de la sección que vendrá
a consultarme, de fijo,
alguna barbaridad.
Esto de ser hombre público
es lo más pesado y más...
(Abre la puerta.)
FLO. Buenas noches
Entra tú también, Renard.
(Entran los dos.)
S. MAR. Ciudadanos, poco a poco.
(Deteniéndoles.)
Ante todo, ¿a quién buscais?
FLO. Al ciudadano portero.
S. MAR. Yo soy. ¿Qué quereis?
FLO. Hablar
Cierra la puerta.
S. MAR. Es que yo
tengo prisa.
FLO. Dejarás
todo en cuanto yo te diga
dos palabras.
S. MAR. (Despues de empujar la puerta.)
Dilas ya.
FLO. Te conozco. (En voz baja.)
S. MAR. (Asustado.) ¿Eh?
FLO. (Riendo.) ¿Qué te pasa?
S. MAR. No, nada. (Qué atrocidad,
iba a venderme.)
FLO. Parece
que te has alterado.
S. MAR. ¡Bah!
Pues me gusta. ¿Por qué causa?
Si me conoces, sabrás
que soy Nerón, el amigo,
el émulo de Marat.
FLO. No es eso.
S. MAR. ¡Cómo! Es gracioso
si me vendrás a probar
que yo no soy yo.
FLO. No es eso.
S. MAR. Entonces...
FLO. Ya entenderás.
(En voz muy baja.)
Yo te conozco hace mucho!
S. MAR. ¡Mentira!
FLO. Cierto
S. MAR. (Más alterado.) No hay tal,
yo no tengo conocidos
de antes.
FLO. No hay por qué gritar:
te importa hablar en voz baja,
Ese no lo sabe. (Por Renard.)
S. MAR. (Tranquilizándose algo.) (Ah!)
Pues bien, ¿de qué me conoces?
FLO. De cuando eras sacristán.
S. MAR. ¡Yo!
FLO. (Subiendo la voz.) Sacristán de las [monjas
Teresas.
S. MAR. (Aterrado.) ¡Por Dios, callad!
FLO. (En voz baja.) Ya ves como te con- [viene
que hablemos bajito.
S. MAR. (¡Ay!
yo no sé lo que me pasa;
yo me voy a desmayar.)
FLO. Tranquilízate, no vengo
a causarte ningún mal.
S. MAR. Muchas gracias.
FLO. Mas no ignores
que te puedo denunciar.
S. MAR. ¡Por Dios!
FLO. Y que denunciado,
te guillotinan y en paz.
S. MAR. Disponed de mí al momento
que yo haré cuanto queráis.
FLO. Bien, poco a poco. Tú sabes
la pena que el *tribunal revolucionario* impone
al que se atreve a ocultar
a un ex-noble.
S. MAR. (¡San Gervasio!)
FLO. Sé que en esta casa están
ocultas dos aristócratas.
S. MAR. (Infelices.) No es verdad
FLO. La hija del barón Dietrich,
guillotinado poco há,
y su tia.
S. MAR. (Esta mujer
lo sabe todo.)

FLO. Además
está aquí Rouget de L'isle,
girondino, ex-capitán
de artillería...
S. MAR. No es cierto.
ese os juro que no está.
FLOR. Es inútil que lo niegues,
yo misma lo he visto entrar.
S. MAR. No vive aquí, se ha marchado,
lo juro.
FLOR. (Con interés.) ¿Y no volverá?
¿Dónde ha ido?
S. MAR. No lo sé.
Quedó en venir a pasar
la noche aquí si notaba
alguna intranquilidad:
si ocurría alguna cosa
muy grave.
FLOR. Entonces vendrá.
S. MAR. ¿Pues qué hay? (Agitado.)
FLOR. En la Convención
acaban de condenar
a veintidós girondinos,
que mañana morirán.
S. MAR. (¡Qué horror!)—Me alegro! Yo [soy
patriota como el que más.
FLOR. (¡Animal!)
(Dirigiéndose hacia Renard.)
S. MAR. ¿Eh? (Me parece
que me ha llamado animal.)
FLOR. (A Renard.)
(¿Quieres hablarla?)
REN. (Si quiero.
Por última vez.)
FLOR. (¿Estás
decidido a todo?)
REN. (A todo.)
FLOR. ¡Ciudadano!
S. MAR. ¿Qué mandáis?
FLOR. ¿Dónde están esas mujeres?
S. MAR. En ese cuarto.
FLOR. Pues vas
a hacer que salga la joven;
éste la tiene que hablar.
S. MAR. ¿Y quién digo que la llama?
FLOR. Cuando salga lo verá.
Tú esperas dentro a que vuelva.
S. MAR. Pero...
FLOR. ¡Silencio!
S. MAR. No hay más:
me cogieron en la red
y no me puedo escapar!)
Dirigiéndose al cuarto de Magdalena
FLOR. (A Renard.) Por si acaso Rouget [vuelve
mientras vosotros hablais
yo te esperaré en la calle
REN. Bueno.
FLOR. ¿No vacilarás?
REN. ¡Mía o de la guillotina!
Lo juro a fe de Renard.
(Sale Flora a la calle.)
S. MAR. (Dando golpes a la puerta.)
¡Ciudadanas! ¡Ciudadanas!
Se habrán acostado ya.
MAR. (Dentro.) ¿Quién es?
S. MAR. Abrid al momento.
(La Marquesa abre y entra San Martín.)
REN. (Deseo y dudo a la par.)
Flora en la calle; Renard, en el patio; luego Magdalena, que se detiene al ver a Renard.

MÚSICA

MAGD. ¡Renard! (¡Dios mio!)
REN. El mismo soy.
Hablarte quiero.
MAGD. (Perdida estoy.)
REN. ¿Pensaste acaso
que huyendo así
no lograría
llegar a ti?
Yo de tu paso
la huella sigo,
siempre anhelante,
lleno de afán;
que a mi alma, dura
como el diamante,
atrae tu dulce
mágico imán.
Y aunque siempre insensible a mis [quejas
no ves mi dolor,
cuanto más de mi lado te alejas
más crece mi amor.
MAGD. Basta, que en vano
con voz amante
queréis el odio
disimular;
ni ayer altivo
ni hoy suplicante
de mí el cariño
podréis lograr.
Es inútil robarme la calma
con vuestro rigor;
ya sabeis que mantiene mi alma
la fe de otro amor.
FLO. (Si antes altiva
luchó constante
hoy al peligro
sucumbirá.
Renard al cabo
será su amante

y mi venganza
se cumplirá.
Verla logro sufrir de la pena
el fiero rigor!
para mi alma que el odio envenena
no hay goce mayor.)
MAGD. Ya sabeis que mantiene mi alma
la fe de otro amor.
REN. ¡Oh, sí! Mas juro
que ya de hoy más
su amor, impía,
no gozarás.
Sé que tu amante
por fin te halló;
mas vuestra unión ansiada
sabré impedirla yo.
Cese tu desdén, cese tu desvío;
yo no guardo amor en el pecho mío;
ya no soy aquel desdeñado amante
que escuchó tu voz muda y anhelante;
que miraba en tí su ángel salvador,
que llegaba aquí mendigando amor.
No soy el loco que amor demanda,
víctima ciega de tu rigor;
soy el que exige, soy el que manda,
soy dueño tuyo, soy tu señor.
Hoy en mis manos
tu vida está.
Con el desdén la muerte
buscando vas.
Dame a lo menos
para mi amor
una esperanza sola.
MAGD. ¡Mil veces no!
REN. La suerte de tu amante
por fin se decidió;
terrible mi venganza
caerá sobre los dos.
Cese tu desdén, cese tu desvío;
ya no guardo amor en el pecho mío,
ya no miro en tí mi ángel salvador,
ya no llego aquí mendigando amor.
MAGD. (Ten de mí piedad, sólo en tí [confío,
sálvale, Señor. Sálvale, Dios mío;
caiga sobre mí todo su furor,
líbrese Rouget, sálvese mi amor.)
FLO. (Si hoy por el terror cesa tu desvío,
duda ya no habra siendo el triun- [fo mío;
yo por fin seré dueña de su amor
yo sabré calmar todo su dolor!)
(Magdalena entra rápidamente en su habita- [ción.)

Dichos menos Magdalena

HABLADO

REN. ¡Oh! Ya no debo abrigar
ni la más leve esperanza.
¡Consuéleme la venganza
si me puede consolar!
Pobre de tí. ¡Flora; Flora!
FLO. (Entrando.) ¿Qué pasa? ¿Qué ha [respondido?
REN. Que no.
FLO. ¿Y estás decidido
a denunciarla?
REN. Sí; ahora.
Si nó mi odio desfallece,
y a mi pesar considero
mucho más lo que la quiero
que lo que ella me aborrece.
Este corazón maldito
temo que me haga traición.
FLO. ¿Sabes que la delación
tiene que ser por escrito?
REN. Sí.

Dichos; San Martín

FLO. Ciudadano portero.
S. MAR. (¡Dios mío, aún están aquí!)
¿Qué mandáis?
FLO. ¿Hay por ahí
pluma, papel y tintero?
S. MAR. Entrad en la portería.
(Dirigiéndose hacia la escalera.)
FLO. ¿Dónde vas?
S. MAR. A descolgar
el farol para alumbrar.
FLO. ¡Ah! Bueno.
S. MAR. (¡Virgen María!)
(Descuelga el farol y entra en la portería.)
REN. (¿Y ha de quedar libre él
cuando lo tengo en mi mano?)
S. MAR. Aquí tienes, ciudadano,
pluma, tintero y papel.
REN. (Sentándose a escribir.)
(Si a ella salvarla no puedo,
mueran los dos) (Escribe.)
S. MAR. Si pudiera
ver lo que escribe siquiera.
Estoy temblando de miedo.
(San Martín procura ver lo que Renard escribe.)
REN. ¿Qué te importa lo que escribo?
S. MAR. (Separándose.) ¿A mí? Nada.
[Pues señor
esto aumenta mi temor.
Ay, yo no sé cómo vivo.
REN. Ya está. Voy al comité.
FLO. Yo me quedo por si el viene.
REN. Vendrá, pues, ¿qué duda tiene?
(A San Martín.)
Dijiste antes que Rouget
vendría esta noche?
S. MAR. Sí;

él dijo que si ocurría
algo grave volvería
a pasar la noche aquí.

FLO. (A Renard.) Oye, podeis ir los dos
No vaya a avisarlas.

REN. Cierto.
ven conmigo. (A San Martín.)

S. MAR. (Ya soy muerto.)
¿Dónde?

REN. Al comité.

S. MAR. (A Flora.) ¡Por Dios!

FLO. No temas; te he dicho ya
que contigo no va nada.
Es con ella.

S. MAR. (Desgraciada.)

REN. Andando.

S. MAR. Vamos allá.
(Salen a la calle y suben por la callejuela.)

Flora, que se ha quedado sombría meditando
(De pronto.) Vamos, que no estoy [tranquila!
Está visto: me ha dicho Dios
para luchar con nobleza,
de frente, a la luz del sol.
Casi casi me arrepiento
de haberle ayudado yo.
Esto al fin y al cabo es
una infame delación.
(Sale Rouget por donde entró antes.)
Pero alguien viene... ¿Será?...
¡El es! ¡Ya no dudo, no!
Son sus pasos que resuenan
dentro de mi corazón.

Flora y Rouget

MÚSICA

FLOR. ¡Rouget!

ROU. ¡Qué veo! ¡Flora!

FLOR. ¡Yo misma, yo!

ROU. ¡Tú aquí!
¿Qué buscas? ¿Qué pretendes?
¿Qué quieres? Pronto, dí.

FLOR. ¡Qué busco! ¡Qué pretendo!
—Ni una palabra más!
sólo sorpresa y duda!
sólo temor quizá!
¡Ah!
Lejos de tí y herida y prisionera
sólo el afán de verte junto a mí,
fué mi sosten, y alegre placen- [tera
muda al dolor tranquila resistí.
Y hoy que por fin mi anhelo
puedo lograr,
ni una mirada tuya
calma mi afán.

ROU. Siempre sintió cariño el alma mía
y gratitud y afecto para tí;
verte feliz mi corazón ansía;
la ingratitud no cupo nunca en [mí.
Di que deseas, pide.
dímelo ya;
siempre a tu voz dispuesto
me encontrarás.

FLOR. Qué he de querer
yo para mí?
vengo a salvarte,
vengo por tí.

—

De muerte amenazados
están los girondinos;
hoy mismo a tí con ellos
tal vez te buscarán;
huyamos de la muerte
que te amenaza impía,
huyamos hoy, mañana
remedio ya no habrá.

—

Yo puedo hacer que hoy mismo
ganemos la frontera,
y lejos de la patria
ingrata para tí,
tranquilos viviremos,
y siempre y donde quiera
una sumisa esclava
encontrarás en mí.

ROU ¡Marchar! ¡Sin ella!—¡Nunca!
no digas más:
yo lejos... ella sola!
¡Eso jamás!

FLO. Tu vida amenazada
me llena de terror;
desoye la llamada
de ese funesto amor.

ROU En vano suplicante
me rogarás.
yo al riesgo abandonarla,
¡eso, jamás!

CORO (Lejano.) *Cà irà.*
¡Ah, bien va! Bien va. Bien va.
A colgar realistas de los faroles.
Ah, bien va, bien va, bien va.
Todos los que caigan se colga- [rán.

FLO. Pues bien, ingrato, escucha.
escucha y tiembla ya,
la voz del pueblo es esa
que ciego viene acá.

CORO (Lejano. *Cà irà*)
¡Ah! Bien va. Bien va. Bien va.
A colgar realistas de los faroles.
¡Ah! Bien va. Bien va. Bien va.
Todos los que caigan se colgarán

FLO. Rugientes se aproximan
buscando a esa mujer,
si acaso aquí te encuentran
te prenderán también.
ROU. ¿Has dicho que la buscan?
FLO. ¡Por ella vienen, sí!
ROU. ¡Infame! Ya comprendo.
Apártate de mí.
(Rechazándola duramente.)
De tu voz el satánico acento
cambia en odio mi acento hacia [ti.
¡Ah! ¡Maldigo el infame momen- [to
en que noble tu pecho creí!
FLO. La verdad a tus ojos presento;
el peligro llegó para ti.
No desoigas altivo mi acento,
que a la muerte te entregas así.
(La rechaza haciéndola caer al suelo y se dirige a la habitación de Magdalena. Llama y entra.)

Dichos, San Martín, Renard, un Comisario, Gendarmes, Seccionarios, Furias de la guillotina, descamisados, etc., etc.

Gran masa de gente que va llenando la calle y el pretil. Algunos traen hachas de viento. Otros con armas. Varios chicos, que armados con piedras las hacen sonar a compás del canto. Las vecinas se asoman al corredor.

CORO GENERAL

¡Ah! Bien va. Bien va. Bien va.
A colgar realistas de los faroles
Bien va. Bien va.
Dos aristócratas
van a prender,
buen espectáculo
vamos a ver.
Ah! Bien va, etc.

(Las turbas, precedidas del Comisario, Renard y San Martín entran en el patio. Abrense las ventanas de las casas asomándose por ellas algunos vecinos. Gran tumulto.)

CORO ¡Mueran los aristócratas
y viva la Nación!
COM. (Llamando a la puerta del cuarto de Magdalena.)
Abrid a la República
que represento yo.
(Abrese la puerta saliendo Magdalena y Rouget. Detrás la Marquesa, a quien poco después San Martín obliga a que vuelva a entrar.)
COM. ¿Tú eres la ciudadana
Magdalena Dietrich?
MAGD. Yo soy.
COM. (A los gendarmes.) Prendedla!
CORO. Muera.
REN. (Que coge a Magdalena para entregarla a los gendarmes.)
Tu dueño soy al fin.
(Señalando a Rouget.)
Ese es el girondino.
ROU. (Adelantándose.)
Es cierto, sí, yo soy. (Le prenden.)
FLO. (A Renard.)
¿Qué has hecho, miserable?
REN. Me vengo de los dos.
FLO. A costa de mi vida
sabré salvarle yo.

—

CORO. Marchemos, hijos de la patria.
glorioso día luce ya...
ROU. (Aterrado.)
Callad. Yo os lo suplico.
Callad por Dios. Callad.
REN. Le hace daño al realista;
ciudadanos, cantad.
CORO. Marchemos, hijos de la patria, [etc.
ROU. Y esas notas de mi alma brota- [ron
de la patria al sagrado calor.
¡Ah! Maldita la mano que escribe
esos cantos de muerte y horror.
CORO. Marchemos, hijos de la patria, [etc.

(Ro llevan a Rouget y Magdalena y las turbas siguen cantando siempre hasta perderse por el foro.)

FLO. (Que va a seguirles se detiene en la calle.)
Morir. Morir con ella.
¡Qué horror! No. No será.
(Arrodillándose.)
Mi vida por la suya.
¡Perdon, Señor! ¡Piedad!
(Cae desplomada y se oye lejana la Marsellesa.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO CUARTO

LA CONSERJERIA

Galería baja en la prisión de la Conserjería. A la izquierda salida a un pasillo, que da al exterior, con verja. A la derecha dos puertas, una con grandes cerrojos, que conduce a

los calabozos. Al foro dos grandes arcos, por los cuales se ve el patio. Mesa y taburetes de madera. Un gran farol pendiente de la bóveda a poca altura. Varias rejas sobre la parte de la izquierda.

Un comisario. Gendarmes y Carceleros, jugando sentados a la mesa. Otro, con arma al brazo, paseando por delante de las prisiones, y en el foro otro. Al levantarse el telón empieza a amanecer.

MÚSICA

VOZ ¡Alerta, ciudadanos!
OTRO (Más lejos.) ¡Alerta!
OTRO Alerta está
COM. Qué bien cambia de mano
el dinero.
GEN 1.º Ya, ya. (Jugando.)
GEN 2.º Va doblada la apuesta.
CAR. 1.º Ocho van.
GEN. 1.º Ya perdí.
CAR. 1.º Quince sueldos me cuesta.
GEN. 1.º Veinte me cuesta a mí.
COM. Ya despunta la aurora
ya saldrá pronto el sol.
Ciudadanos, ya es hora
de apagar el farol.

(Un carcelero lo apaga, quedando la escena en una semiclaridad, que va aumentando rápidamente. El Comisario se retira por el foro.

CAR. Va a llegar el relevo,
la baraja guardad,
de este tarro, que es nuevo,
la Ginebra, apurad.

(Llenan dos copas que pasan de mano en mano.)

TODOS Para el que pasa
la noche en vela
no hay desayuno
como el licor;
templa el gaznate,
limpia y consuela
y presta al cuerpo
vida y calor.
La puerta se abre, atención.

(Se abre la reja de la izquierda y entran San Martín y la Marquesa.)

Dichos, San Martín y la Marquesa

S. MAR. ¡Salud y Fraternidad!
TODOS El ciudadano Nerón
y su apreciable mitad.
S. MAR. (Presentando a la Marquesa.)
Amigos míos,
tengo el placer
de presentaros
a mi mujer.
TODOS. ¡Valiente moza!
S. MAR. ¡Valiente, sí!
Por lo valiente
me hizo tilín.
MARQ. (Y que una tenga
que resistir!...
Todos los nervios
me hacen así!) (Crispando las manos.)
CORO. Y desde cuándo
casado estás?
S. MAR. Hace tres días
o poco más.
CORO. Y en qué parroquia,
dí, gran bribón,
te ha echado el cura
la bendición?
S. MAR. Cura a *este cura!*
Qué atrocidad!
No tuve de ello
necesidad.
CORO. No hay más que oirle,
no hay más que ver;
es demagogo
de buena ley.
S. MAR. Permite la república
que pueda sin faltar,
en uso del libérrimo
derecho conyugal,
unirse un par de prójimos,
y así, sin más ni más.
gozosos irse al tálamo
con toda libertad.
Y por este método,
¡ay, qué retebién!
sin oir la epístola
de San... no sé quién,
y sin más andróminas
que un *dame* y un *ten*,
cásanse sin clérigo
en un santiamén.
CORO. Y por ese método
¡ay, qué retebien!
cásanse dos prójimos
en un santiamén!

HABLADO

CAR. 1.º Vaya un brindis por tu boda.
S. MAR. Gracias; por mi boda va (Bebiendo.)
CAR. 1.º (A la Marquesa.)
Oye tú, bebes ginebra?
S. MAR. Que si bebe. Y aguarrás.
CAR. 1.º Pues toma una copa.
MARQ. (Ay Dios! (La bebe.)
que tragos hay que pasar!)

CAR. 1.º Y qué diabios te ha traido
tan temprano por acá?
S. MAR. Pues... cosas de ésta; quería
ya hace tiempo visitar
las prisiones... y la dije,
hoy tengo yo que ir allá,
vente conmigo y la ves.
Al ciudadano Layard.
—me acordé de tí—, le toca
de guardia, y te enseñará
lo que quieras... por supuesto,
si es que no hay dificultad.
CAR. 1.º Para los buenos patriotas
siempre estas puertas están
francas, ya lo sabes tú.
La ciudadana será
buena patriota?
S. MAR. Tremenda!
Se va a ver guillotinar
todos los días, y goza
de una manera que ya.
Y ha echado en el club discursos
conque no os digo más.
CAR. 1.º ¿Sí, eh?
S. MAR. Con una elocuencia
que deja a Danton atrás.
GENDS. Y CAR. Ja, ja, ja!
GEND. 1.º Que diga algo.
TODOS Que hable.
CAR. 1.º Sí, tienes que hablar.
S. MAR. Habla.
MARQ. Pero aquí...
CAR. 1.º No importa;
imagínate que estás
en el club.
TODOS Venga un discurso
S. MAR. (Rápidamente y aparte.)
(Hablad por Dios.)
MARQ. Allá va.
(Tose y se prepara.)
¡Señores!
TODOS ¿Cómo señores?
CAR. (Acercándose amenazador.)
¿Qué es eso?
S. MAR. (Interponiéndose.) Basta. Haya [paz.
Lo ha dicho... irónicamente,
en tono de burla.
TODOS ¡Ah!
S. MAR. Pero ni aun en ese tono
te lo vuelva yo a oir más,
o te pego una paliza
que te deslomo.
MARQ. (Animal.)
(Después de toser.)
Ciudadanos.
TODOS Bravo; bien,
MARQ. Descamisados.
TODOS Bien va.
MARQ. (Iba a decir indecentes,
pero se incomodarán.)
La libertad o la tumba.
La muerte o la libertad.
TODOS Bien.
MARQ. La nación pide sangre.
TODOS Bravo.
MARQ. Es preciso apurar
hasta la última gota
del... pues... y del... de la...
En fin, ciudadanos, pido
la indivisibilidad
de la república.
TODOS Viva.
MARQ. Y el reparto general.
TODOS Bravo.
MARQ. Y el terror... y he dicho
Salud y fraternidad.
TODOS Bravo. Muy bien.
(Se oye una corneta.)
GENDS. El relevo.
(Cogen las armas los gendarmes y salen al patio donde los relevan otros durante el principio de la escena siguiente.)
CAR. 1.º Ea, yo voy a pasar
revista, mas pronto salgo.
(A San Martín.)
Si vosotros me esperais
entrareis en cuanto cumpla
con esta formalidad.
S. MAR. Hasta después
CAR. 1.º (Dando en la espalda a la marque- [sa.)
Adios, ciudadana.
(Abre la primera puerta de la derecha y sale por ella.)
MARQ. (Volviéndose asustada.) ¡Ay!
San Martín y la Marquesa
MARQ. Vamos, estas groserías
ya no las puedo aguantar.
S. MAR. Silencio. Ya es necesario
que hablemos con claridad.
Recatándose para que no puedan oirles.
MARQ. ¿Qué sucede?
S. MAR. Una gran cosa.
MARQ. ¿Cómo? ¿Se puede salvar
a Magdalena?
S. MAR. No es eso.
Desgraciadamente ya
sólo intentarlo sería
condenarnos los demás.
MARQ. ¡Dios mío!
S. MAR. Por complaceros
y para que la veais
por última vez, os traje.

No vayais luego a olvidar
mis instrucciones. Cuidado
con hacer un ademán,
un gesto, por el cual puedan
ni siquiera sospechar
que os conoceis.

MARQ. Y si acaso
ella viene...

S. MAR. Descuidad.
Yo le indicaré por señas
cuando no puedan notar
que lo hago... Pero vos nada.

MARQ. Bueno.

S. MAR. (Con gran misterio. Sacando un papel.) Y ahora... mirad.

MARQ. ¿Y qué es eso?

S. MAR. Un pasaporte.

MARQ. ¡Un pasaporte!

S. MAR. Sí tal,
para dos, para nosotros.

MARQ. ¡Cómo!

S. MAR. Sí, para escapar
hoy mismo. ¿No comprendeis?

MARQ. Dios mío, ¿será verdad?

S. MAR. Y tan verdad. Ya que a ella
no la podamos salvar,
salvémonos a lo menos
nosotros.

MARQ. ¿No me engañais?
¿Pero vos no estais contento
en París?

S. MAR. ¡Yo! ¿Qué he de estar?

MARQ. Pero... vuestros compromisos...
vuestra popularidad...

S. MAR. Yo soy lo que siempre fuí.

MARQ. ¡Es posible!

S. MAR. Claro está.
Y estoy deseando verme
en Rusia o el Indostán,
a mil leguas de París,
para volver a tomar
oficio de mayordomo
y aspecto de sacristán.
Y llamaros excelencia
con toda solemnidad,
y Marquesa por aquí,
y Marquesa por allá,
y lejos de esta gentuza,
que no puedo soportar,
en donde mande un tirano
vivir con más libertad.

MARQ. ¡Ay, San Martín!
(Cogiéndole una mano.)

S. MAR. ¡Ay, Marquesa!
(Llenándose la boca con esta palabra.)

MARQ. ¿Y podremos escapar?

S. MAR. Hoy mismo, a las ocho en punto
un carruaje estará
esperándonos; salimos
por la barrera y en paz:
hasta las puertas del Havre
no nos detenemos ya;
nos embarcamos y luego...
que nos pesquen en el mar.

MARQ. Gracias. Sois mi salvador.
Dadme un abrazo.

S. MAR. Tomad. (Se abrazan.)

MARQ. Ay, San Martín!

S. MAR. (Estrechándola más.)
Ay, Marquesa.

CARC. 1.° (Saliendo y viéndolos.)
Me parece muy bien.

LOS DOS. ¡Ay!

Dichos, el Carcelero 1.°

S. MAR. (Aterrado.) (Nos ha oido)

CARC. ¡Qué demonio!
No hay que avergonzarse. ¡Bah!
Entre marido y mujer
no hay nada más natural.
La luna de miel exige
esos extremos.

S. MAR. (Tranquilizándose.) ¡Ja, ja!
(No nos ha oido.) Esta es
la más zalamera y más...
(Haciéndola una caricia.)

CARC. Es natural. Ciudadana,
hoy no puedes visitar
las prisiones.

S. MAR. ¿Pues qué ocurre?

CARC. Que en este momento van
a cerrar todas las puertas.

MARQ. (Asustada. ¡Me voy!

CARC. ¡No te asustes!

S. MAR. ¡Quiá!
¿Asustarse esta de nada?

CARC. Descuida, que tú saldrás.

S. MAR. ¿Pero por qué no permiten?..

CARC. Ha querido el tribuna!
adelantar la hora de
las ejecuciones...

S. MAR. ¡Ya!

CARC. Y mientras que se preparan
las carretas y demás,
es costumbre y no se deja
a nadie salir ni entrar.
(A la Marquesa.)
Conqus, lárgate si quieres
ver la gran fiesta. Que hoy hay
aristócratas y gente
de superior calidad.

MARQ. Sí, sí, no quiero perder...
Vamos.

CARC. (A San Martín.) No tú no te vas.

S. MAR. ¿Pues?

CARC. Porque te necesito
para un servicio especial
¡en nombre de la república!
S. MAR. Entonces no hablemos más.
Soy tuyo.
CARC. Esperadme aquí.
Voy en un momento a dar
varias órdenes. (Entra por el foro.)
MARQ. ¡Dios mío!
¡Qué horrible contrariedad!
San Martín.
S. MAR. ¡Callad, por Dios!
Vos salís y me esperáis
en el sitio donde ayer
nos citamos.—Iré allá
en cuanto sea posible,
MARQ. Y me marcho sin lograr
haber visto a Magdalena...
S. MAR. ¡Eh! ¡Silencio!
CARC. (Saliendo, a otro.) Colocad
guardias dobles en el patio.
(A la Marquesa y a San Martín.)
Ea, venid por acá. (Por la derecha)
MARQ. (Ay, San Martín.)
S. MAR. (Ay, Marquesa.
Cuándo me veré en la mar.)
(Vanse.)
Flora y Renard, aparecen por la puerta de la izquierda, que abre para darles paso el Carcelero 2.º
CARC. 2.º Podeis pasar.
(Dando el paso a Flora.)
REN. Oye, ahora
explícame tu proyecto;
yo me he confiado a ti
y aún ignoro...
FLO. Ese recelo
prueba, Renard, que me juzgas
por tus propios sentimientos.
Ayer me hiciste traición
y temes que yo, queriendo
vengarme de ti, te engañe.
Vive tranquilo y sin miedo.
REN. Lo de ayer...
FLOR. Te lo perdono,
y fué horrible.—No hablar de [ello;
es mejor; hoy me haces falta
y te perdono por eso.
Ya ves si hablo con franqueza.
Yo soy así.
REN. Gracias; pero
aún no sé qué te propones.
FLOR. Escucha; vas a saberlo.
Anoche, cuando os llevásteis
a Rouget, yo caí al suelo
y estuve allí sin volver
en mí no sé cuánto tiempo.
Al recobrar el sentido
comprendí todo lo horrendo
de la situación; pensé,
y al cabo de unos momentos
de maldecirte... ¡de veras!
de pronto me ocurrió un medio
de arreglarlo todo.
REN. ¿Cuál?
FLOL. Calla, ya lo irás sabiendo.
Yo tengo muchos amigos,
gente de mi regimiento
patriotas que pertenecen
al club de los cordeleros.
Dije, allá voy... y allá fuí.
Guardando dentro del pecho
toda mi pena... Ya estoy
muy acostumbrada a hacerlo—
hablé con todos y así
alegremente fingiendo
no tener gran interés,
les indiqué mi deseo
de que me proporcionaran
dos pases...
REN. Voy comprendiendo.
FLOR. (Continuando.)
Para entrar en las prisiones
con otra amiga y con nuestros
novios para divertirnos,
pues, como cosa de juego.
Total, pases para cuatro
personas.
REN. (Con ansiedad.) ¿Y te los dieron?
FLOR. Sí.—Con éste hemos entrado,
y el otro, ve, aquí lo tengo.
(Sacándolo del pecho.)
REN. Bien, ¿pero qué te propones
que consigamos con ellos?
FLOR. No lo comprendes. Librar
a los dos.
REN. Bien, pero eso
no es bastante. Libres ambos
nosotros nos hallaremos
como ayer.
FLOR. Me juzgas tonta
sin duda. No seas necio.
Tú salvas a Magdalena,
que al ver llegar el momento
de morir... huirá contigo,
y allá te las hayas luego.
Yo saco a Rouget diciéndole
que ella está en salvo; la llevo
fuera de aquí, y lo demás
ya procuraré yo hacerlo.
REN. ¡Ah! Gracias.
FLOR. No; ya te he dicho
que no me agradezcas esto.

Lo hago por mí; si redunda
en bien tuyo, buen provecho.

REN. Y si al salir la conocen...

FLOR. Para esto traigo yo puesto
este manto. Nada temas.
Audacia y los salvaremos.
Tú me das ese capote
para que salga cubierto
Rouget con él.

REN. ¿Pero y yo?

FLOR. Tú! Ningún impedimiento
te han de poner a que salgas;
pues por ventura estás preso?

REN. Es verdad!—Pero... quisiera
que saliésemos primero
Magdalena y yo.

FLOR. Es lo mismo,
no hay inconveniente en ello.
(Dándoselo.) Toma el pase. Vete [al patio
y dame el capote.

REN. Pero...

FLOR. Con precaución, no lo adviertan.
Ahora no miran!—¡Soberbio!
(Cogiendo el capote.)
Los presos van a salir;
esa gente espera a verlos;
(Por un grupo de hombres y mujeres que debe haber en el patio desde algunos momentos antes.)
las mujeres salen antes.
Cuando la vea me acerco,
la digo que está en tu mano
sacarla de aquí al momento
y que yo salvo a Rouget;
duda, por fin la convenzo,
te llamo, vienes, os vais...
y hágaos felices el Cielo!
Yo por mí procuraré
que nunca nos encontremos.
(Campana.)
¿Oyes? La campana suena,
ya van a salir los presos;
yo te buscaré en el patio
anda.

REN. Adiós! Yo te agradezco
lo que haces por mí... y dispensa
lo de ayer.

FLOR. No hablemos de eso.
(Renard se va.)

Flora, Carcelero 1.º, que se acerca a la puerta de las prisiones y la abre. Todos los que esperan se acercan impacientes

FLOR. (De pronto.) Oh! Qué idea! Si le [habré
dado el pase verdadero!
(Mirándole con atención.)
No; me tranquilizo! Es este!
El falso es el más pequeño.
(Música en la orquesta.)

(Al tocar la campana, sale por la derecha el Carcelero 1.º y abre las puertas de las prisiones.—Salen por ella una señora anciana, dos jóvenes como de la clase media y dos mujeres del pueblo. Los que las esperan en el patio se confunden con ellas abrazándolas. Procúrese preparar con algún cuidado el cuadro qne forman.)

Dichos y Magdalena

MAGD. Sólo a mí en tal aflicción
nadie a consolarme llega.

FLOR. (Echándose a sus pies.)
Perdón!

MAGD. Vos aquí!

FLOR. Perdón.
Loca estuve, loca y ciega;
tened de mí compasión.
Sea vuestro pecho blando
a mi voz!

MAGD. Qué significa!...
vos a mis pies implorando
piedad!

FLOR. Sólo esto os indica
todo lo que estoy pasando.

MAGD. Explicaos, levantad.

FLOR. A vuestras plantas, señora,
su arrepentimiento llora
una mujer que piedad
por primera vez implora.
Mas veo en vuestra mirada
todo el fuego del encono,
y estaré aquí arrodillada
hasta verme perdonada
por vos.

MAGD. Alzad: yo os perdono.

FLO. (Levantándose.)
¿De veras? Esa sencilla
expresión cambia mi suerte;
y es sincera, bien se advierte.

MAGD. ¿Quien no perdona a la orilla
del camino de la muerte?

FLO. ¡Muerte! No hay tal. Yo he venido
a salvaros a los dos.

MAGD. ¡Cómo!

FLO. Sí; a Rouget y a vos.
¿Dudais? Oh, dad al olvido
mi infamia de ayer, por Dios.
Creed lo que os digo, sí;
temiendo que él se negase
a aceptar nada de mí,
os busqué a vos. Tengo un pase
para que salgáis de aquí.
Y yo os diré la manera

de que hoy, sin más esperar,
atraveseis la barrera
y de que podáis pasar
fácilmente le frontera.
Lo tenía desde ayer
dispuesto ya para ver
de huir ambos. Lo confieso
con franqueza. Y todo eso
es lo que os vengo a ofrecer.

MAGD. Vos. Tan completa mudanza
Si me parece mentira.

FLO. No dudeis, el tiempo avanza.

MAGD. (¡Con cuanto placer se mira
la más remota esperanza!)
Sí, sí, lo quiero creer,
mas no acierto a comprender
tan extraña variación...

FLO. Son cosas del corazón;
al cabo yo soy mujer.
Pudo el aborrecimiento
en mi corazón celoso
sembrar un mal pensamiento,
pero al fin... es generoso.
Miradme bien, yo no miento.
Salvaros quiero a los dos
siendo a mi promesa fiel,
y esto bien lo sabe Dios,
no lo hago solo por él;
lo hago por él y por vos,

MAGD. Gracias.

FLO. No, por vida mía
yo tal vez no os salvaría;
mas si a hacerlo me he lanzado
es porque se demasiado
que sin vos el moriría.
Y luego me ha decidido
el haberme convencido,
(¡hasta el pensarlo me hiere!)
de que... de que él no me quiere
de que nunca me ha querido.
(Conteniendo el llanto.)
No comprendió su razón
la inextinguible pasión
que para el atesoro...,
No tengais celos. Le adoro
con todo mi corozón.
(Rompe a llorar.)

MÚSICA

MAGD. Veo en el llanto
que a pesar vuestro
no conteneis,
prueba bien clara
del sacrificio
que me ofreceis.
En lo que vale
yo os lo agradezco,
yo juro así;
mas aceptarlo
siendo tan grande
indigno fuera
de él y de mí.

FLO. ¡Oh! ¿Qué habéis dicho?
Capaz seréis...
¿Por él siquiera
lo aceptaréis.
Sólo en la suya
cifro mi suerte,
mío es su bien;
suya es mi alma,
si él es dichoso
lo soy también.
Yo por él vivo.
Comprended esto...
vos que le amais:
ved que sois dueño
de su existencia.
ved que le matan
si no aceptais.
Y no mireis mis lágrimas,
que se han secado ya;
estas serán las últimas
que vertiré quizá.

MAGD. (Hoy que la muerte próxima
nos amenaza ya,
¿cómo rechazo, ay mísera
la vida que nos da?)

FLO. Cuando felices algún día
ambos goceis de vuestro amor,
cuando risueña la alegría
borre las huellas del dolor,
pensad en mí.
Y recordad siquiera
que vuestra dicha entera
soy yo quien os la dí.
Si acaso él duda
¿qué le diréis?

MAGD. Que yo lo acepto.
¿Qué más queréis?

FLO. (Con ardor.)
Salvad a Rouget.
Salvadle por Dios.
Feliz yo veré
el bien de los dos.
Tranquilos en mí
la suerte fiad.
Sacadle de aquí.
su vida salvad.

MAGD. Salvad a Rouget.
Salvarnos los dos.
En esto se ve
la mano de Dios.
Bien clara ya ví
tu inmensa bondad.
Será para tí

mi eterna amistad. (Se abrazan.

Dichos, Rouget y varios prisioneros.

HABLADO

FLO. (A Magdalena.)
El sale ya. (Se retira algo.)
ROU. Magdalena.
MAGD. Rouget.
ROU. Mi bien, mi alegría,
no te acongoje la pena,
alza la frente serena
y a la muerte desafía.
Siempre al cielo le pedí
morir contigo y por tí:
mi ventura está colmada.
FLO. (Sólo ella atrae su mirada!
Ni aun ha reparado en mí!)
MAG. Morir. Dime y si la suerte
por una casualidad
llegar pudiera a ofrecerte,
librándote de la muerte,
la perdida libertad?
ROU. ¿Qué dices? Tú desvarías!
MAGD. Si alguien de quien no podías
esperar que te la diera
hoy la vida te ofreciera,
responde, la aceptarías?
ROU. ¿La vida contigo? ¡Sí!
Pues qué ventura mayor,
si yo vivo para tí?
MAGD. No hablemos de nuestro amor;
calla, que Flora está aquí.
ROU. ¡Flora!
FLORA Sí.
MAGD. Su falta olvida,
que hoy tu gratitud merece;
a tus pies arrepentida,
cariñosa nos ofrece
la libertad y la vida.
Yo en ella poco hace hallé
un manantial ignorado
de amor y ternura y fe;
perdónala tú, Rouget,
como yo la he perdonado.
FLORA Duélete de mi aflicción
y ve mi arrepentimiento.
ROU. Pobre mujer.
FLORA (Compasión.
El único sentimiento
que debí a su corazón)
ROU. ¿Pero es verdad?
FLORA Es verdad.
¡Quiera el cielo que por mí
en tranquila libertad
goceis la felicidad
que yo nunca conseguí.
ROU. ¡Flora!
FLORA No, no hay amargura
en nada de cuanto digo;
yo anhelo vuestra ventura...
a Dios pongo por testigo,
mi corazón os lo jura.
Mas no hay tiempo que perder.
Con este pase salís
(Dando a Rouget el pase y el pliego.)
y aquí escrito podeis ver
todo cuanto habéis de hacer
para escapar de París.
Poneos mi manto vos
y que temor no se note
en ninguno de los dos.
Y tú, ponte este capote...
(A Rouget dándole al mismo tiempo un gorro frigio.)
Y salid, pronto, por Dios.
ROU. Y tú.
FLORA Para mí hay salida
siempre franca.
MAGD. Reparad...
que si notan nuestra huida...
ROU. Pueden sospechar.
FLORA Descuida.
no hallaré dificultad.
¡Aquí no me quedaré!
(Con amargura.)
(Ap. a Magdalena.)
(Yo a verle no volveré:
hacedle dichosa vos)
MAGD. Gracias Flora. (Abrazándola.)
FLORA Adiós, Rouget.
ROU. Adiós, Flora.
FLORA Adiós. Adiós.

(Despues de abrazarse conteniendo el llanto los tres, salen por la izquierda Magdalena y Rouget.)

Flora, luego Gendarmes, Carcelero 1.° y después Renard.

FLORA (Mirando a la puerta por donde salió Rouget)
Con él van mis alegrías.
El era ser de mi ser,
regocijo de mis días.
¡Salid ya, lágrimas mías,
ya os puedo a solas verter!

(Renard, que sale por el foro y se dirige a Flora, detiénese al oir la voz del Carcelero.)

CARC. Magdalena Dietrich! (Llamando.)
FLO. (¡Ah!
Si no han logrado salir
nos hemos perdido ya.)
CARC. (A los Gendarmes.)
Buscadla; ved donde está
y hacedla al punto venir.
FLO. (De pronto.)
¿Buscabais a Magdalena

Dietrich?
CARC. La misma.
FLO. Yo soy.
CARC. Prendedla.
(La cogen dos gendarmes.)
REN. (Soñando estoy.)
¡Ella! De espanto me llena
lo que sospechando voy.
Salgamos.
(Se dirige hacia la puerta de la izquierda. que acaba de cerrar el Carcelero 1.º)
CARC. 1.º (Deteniéndole.) ¿A dónde vas, ciudadano? Na se sale.
REN. Tengo permiso, ve.
(Enseñando el pase, que coge el carcelero.)
CARC. Atrás.
Nadie pasa. Y además
que este permiso no vale.
Es falso.
REN. ¡Dios mío!
CARC. A ver,
prended a este hombre.
REN. A mí.
(Se acercan a él los Gendarmes.)
Me ha engañado esa mujer
y ha hecho que escapen de aquí
dos presos.
CARC. No puede ser.
REN. Sí. Y os juro que no es tal
Magdalena Dietrich. Flora
se llama.
CARC. Bien, es igual,
ya lo explicarás ahora
delante del tribunal.
REN. ¿Pero y los que han escapado?
CARC. Descuida, no habrán salido:
está todo bien guardado.
FLO. (¡Santo Dios!)
REN. ¡Tú me has perdido
pero no los has salvado.
(Dos Gendarmes cogen a Rouget y otros dos a Flora y salen por el foro.)

MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

¡A LA GUILLOTINA!

Malecón del Sena, desde el cual se ve la conserjería.—Varias mujeres, hombres y chicos atraviesan la plaza pregonando los periódicos. La Marquesa en primer término derecha. La Marquesa, coro de mujeres del pueblo.

MÚSICA

VEND. *¡El Amigo del Pueblo!* Con los
nombres de los guillotinadores
en el día de ayer.
VEN. 2.º *El Centinela!*
VEN. 1.ª *El Viejo Franciscano!*
VEN. 1.ª *El Monitor*, con las últimas no-
[ticias de la guerra!
VEN. 2.ª *El Patriota* de ahora, *El Pa-*
[*triota!*
(La Marquesa compra un número del *Viejo Franciscano* a un chicuelo.)
CORO DE MUJERES. (Rodeándola.)
Sepamos las noticias:
leed, leed, leed!
¿Qué dice el ciudadano
Camilo Desmoulins?
(Léase Demulen.)
MARQ. Dejadme que lo lea;
después os lo diré!
(Caramba con la gente
y que curiosa es!) (Lee para sí.)
CORO. Sepamos lo que dice
Camilo Desmoulins.
MARQ. (Parece increíble!
Qué barbaridad!)
CORO. ¿Que pasa? ¿Que es ello?
¿Que ocurre? ¿Que hay?
MARQ. Sabed, ciudadanas,
la gran novedad
que en este periódico
acabo de hallar.
CORO. Qué pasa? ¿Qué es ello?
Qué ocurre? Qué hay?
MARQ. El Gobierno que nos manda
y que a nuestro bien atiende,
para hacernos más felices
cambia el nombre de los meses;
Así ya Noviembre
se llama *Brumario*
y en vez de Diciembre
diremos *Frimario;*
Enero *Nivoso*
y Abril *Germinal;*
Febrero *Pluvioso*
y Junio *Pradial.*
¡Cáspita, cáspita que órdenes
tan estrambóticas
las que nos dan!
Mándalo así la república,
pues chito y cúmplase
su voluntad!
CORO. Cáspita, etcétera.
MARQ. Ya no hay lunes, ya no hay mar-
[tes,
ya no hay miércoles ni jueves;
se abolieron los domingos
y los sábados y viernes.
Segun he leído,

sabed ciudadanas,
que está prohibido
contar por semanas.
La cosa varía
del principio al fin:
los nombres del dia
serán en latín.
Cuéntase el tiempo por décadas
y así consíguese
más claridad:
cuártidi, quíntidi, séxtidi,
séptidi, óctidi
se llamarán.

CORO. Basta de sábados!
Mueran los miércoles!
Vivan las décadas
que duran más!
Cuártidi, quíntidi,
séxtidi, séptidi,
óctidi, nónidi
dígase ya!

HABLADO

MARQ. Cuánto tarda San Martín.
(Cañonazo.)
VOZ. Las carretas.
TODOS Las carretas.
(Corren hacia la izquierda y pasan grupos de gente corriendo en la misma dirección.)
MARQ. Que horror. Y desde este sitio
no hay más remedio que verlas.
Ay, yo no tengo valor
Quién sabe si Magdalena
habrá sido condenada...
Dicha, Magdalena y Rouget que vienen apresuradamente por la izquierda; luego San Martín.)
ROU. Animo. No desfallezcas.
MARQ. ¡Magdalena!
ROU. Callad. Vamos.
que nos persiguen de cerca.
S. MAR. Alto.
(Se paran aterrados la Marquesa, Magdalena y Rouget.).
MAG. ¡Dios mío!
S. MAR. Soy yo
MARQ. San Martín.
S. MAR Y qué carrera
me habeis hecho dar, ¡canario!
ROU. No vuelvo de mi sorpresa.
Erais vos!
S. MAR. El mismo; yo,
el que guardaba la puerta,
y en nombre de la República
os dejé tomar soleta.
Ni más ni menos.—Y andando,
que la gentuza se acerca.
¿Oís? (Se oye lejana «La Marsellesa»)
ROU. ¡Dios mío! Esas notas
hasta mis oidos llegan
como el eco pavoroso
de una maldición eterna.
¡Perdón, patria mía!—Vamos.
S. MAR. (A la Marquesa.)
Cuando seguro me vea,
voy a cantar un *Te Deum*
que va a retemblar la iglesia.
(Vanse rápidamente por la primera derecha. A muy poco aparece por la izquierda la multitud, que canta «La Marsellesa. Dos Gendarmes a caballo preceden a la carreta en que van Flora y Renard. Dos filas de descamisados con armas, marchan a los lados. Chiquillos, viejas, pueblo, etc.
FLO. (Después de mirar hacia el sitio por donde a marchado Rouget.)
Gracias, Dios mío.
Libre está ya.
Muero por él.
Cuánta felicidad.

CORO GENERAL

Marchemos, hijos de la patria,
glorioso día luce ya, etc.
(La carreta vuelve a ponerse en marcha cuando baja el telón.)

FIN DE LA OBRA

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.--MADRID

DEPURADOR HIGIENICO Y RAPIDO

"ARSO,,

CARDENAL CISNEROS, 28. -- MADRID

PRENSA POPULAR

Calvo Asensio, 3

Apartado, **498**

Teléfono, **J. 624**

LA NOVELA CORTA

después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más conocidos, para **complementar su apostolado de divulgación literaria,** va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada uno de ellos **una sola obra** en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Larra.—Espronceda.—Patricio de la Escosura.-Martinez de la Rosa.-Enrique Gil.--Fernández y González.--Ortega y Frías.--Harzembusch.--Gertrudis G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Aiguals de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sinués.
Selgas.--Alarcón.--Arturo Reyes.

NOVELA HISTÓRICA

F. Patxot.—Cánovas.-Vicceto.--Balaguer.--Navarro Villoslada.—Amós de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Fernán Caballero.-Miguel de los Santos Alvarez.--El Solitario.--Mesonero Romanos.--Pereda.--Valera.--Clarín.-

También rendiremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Zorrilla.--Trueba.-Becquer.-Carolina Coronado.

ESCRITORES

Ganivet.--Silverio Lanza.--Taboada.-Eusebio Blasco.--Alejandro Sawa

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la Condesa de Pardo Bazán, Rodríguez Marín. Azorín, Manuel Bueno y Cristobal de Castro.

Estos números HOMENAJE serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

en que deposita usted sus ahorros sin darse de ello cuenta, de una manera continua, matemática, gradual y cómoda, es cada una de las lámparas

OSRAM

que tenga usted alumbrando en su casa. Además de producirle un ahorro efectivo, poseerá

UNA HUCHA irrompible.

UNA HUCHA inviolable.

UNA HUCHA que ahorra su dinero, y luce permanentemente con luz blanca y brillante.

CONCESIONARIO
LEON ORNSTEIN

MARIANA PINEDA. 5
MADRID

Oficinas y Talleres de PRENSA POPUPAR propietaria de La Novela Corta, La Novela Teatral y Frisé Antonio Palomino, núm. 1. y Calvo Asensio, núm. 3.—MADRID